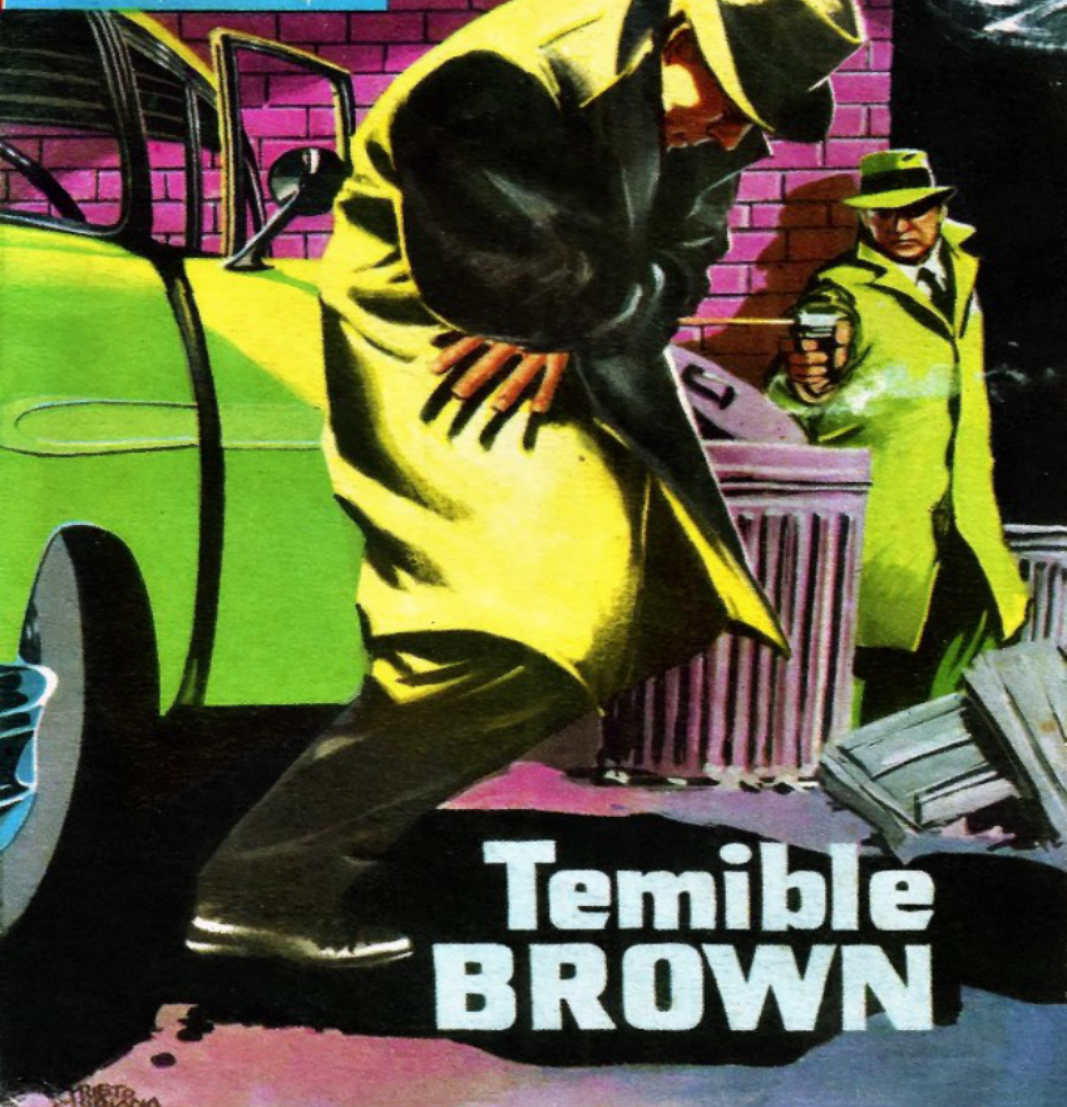


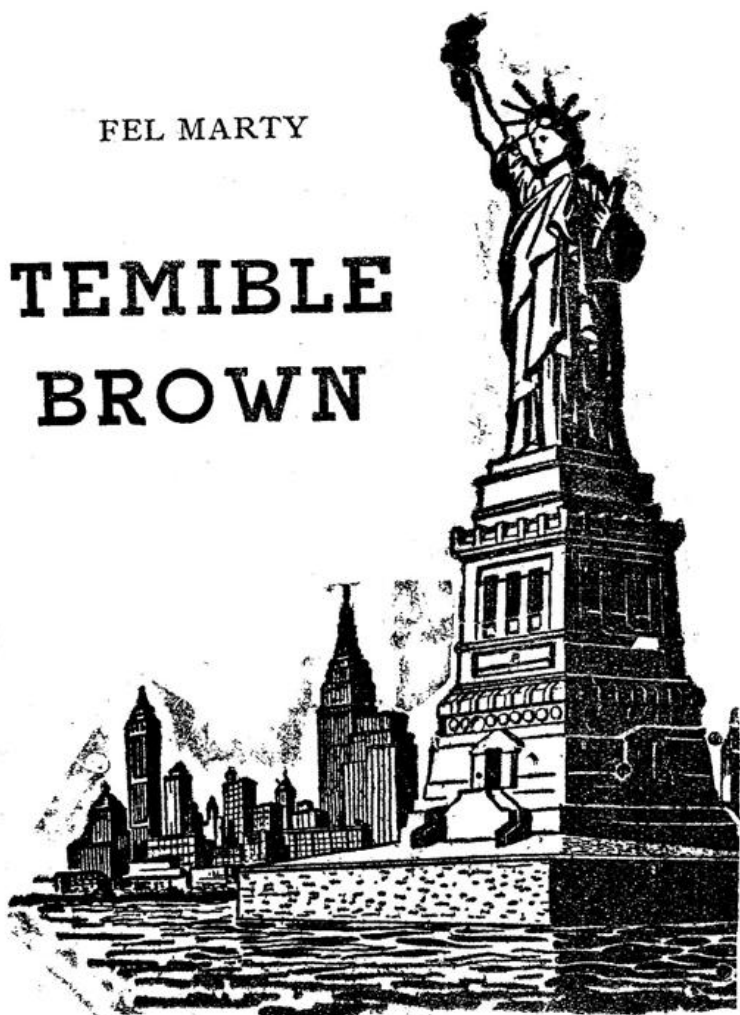
FBI

FEL MARTY



FEL MARTY

TEMIBLE BROWN



fruto de: original, en inglés
THE TERROR THEY CALL BROWN

DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL ROLLAN, Madrid, 1961
PRINTED IN SPAIN



EDIFICIO ESPAÑA.—MADRID
Teléf. 2 47 67 43

N.º Rgto. 2.923.—1961
DEPÓSITO LEGAL: M. 12.955.—1961

José Ruiz Alonso - Impresor - Guíñones, 2 - Tel. 334 86 81 - Madrid

T

RES estrellas rojas, fugaces, estallaron en la oscuridad, y tres detonaciones alarmantes, seguidas, restallaron en el silencio.

Y un grito, alarido más bien, retumbó de casa en casa, viejo grito del hombre ante la muerte violenta.

Luego, seguidamente, los pasos de alguien corriendo, alejándose de allí. El que corría era un hombre pequeñito y asustado. En la mano, todavía, como si constituyera una prolongación de sus dedos, la pistola. A no ser por la oscuridad, se la hubiese visto humear.

Él era quien había disparado tres veces seguidas. Tiró a matar; pero ahora se preguntaba si había matado en realidad. ¿El grito de Stevenson? Puede que hubiese sido un ardid suyo para asustarle.

Lo que le extrañaba era que si Stevenson no había muerto, ¿por qué no disparó a su vez contra él?

Llevaba horas apostado junto a la puerta de la casa adonde estaba seguro de que Stevenson tenía que ir. De pronto, llegó el automóvil, el Cadillac de Stevenson, que tan bien conocía él, con los faros apagados.

Siempre que Stevenson iba a aquella casa lo hacía con los faros apagados y sin luz dentro del coche. No quería que le viesen. Mejor dicho, procuraba pasar inadvertido en cualquier lugar que hiciese su aparición. Tenía demasiadas cuentas pendientes con la justicia para exhibirse excesivamente.

La verdad que él, Reginald Clippin, tuvo poco tiempo de fijarse en Stevenson. Nada más detenerse el coche y al oír que abrían la portezuela, crispó los dedos en la culata de la pistola y enfiló el cañón del arma hacia allá.

Sí, aquel era Stevenson. ¿Estaba borracho? Ruede que lo estuviera. Su salida del Cadillac fue de lo más espectacular. Primero sacó una pierna, luego la otra, y casi sin que hubiera conseguido ponerse en pie en la acera, él, Clippin, ya había disparado.

Disparó con la precipitación que le infundía su odio, contenido año tras año, hacia Stevenson. Disparó ciego de rencor, sobre la corpulenta silueta del hombre que se recortó unos segundos junto al automóvil.

Estaba seguro de haberle acertado, si no Stevenson, borracho y herido, habría disparado contra él, y Stevenson rara vez fallaba sus disparos.

¿Y el automóvil? Bruscamente, Reginald Clippin, a pesar de su temor a ser arrestado si seguía algún tiempo por aquellos alrededores, detuvo su carrera, y volvió la cabeza, mirando hacia atrás.

Qué raro, el Cadillac había desaparecido. Ahora se daba cuenta de que, nada más echar a correr él, le pareció oír que el automóvil se ponía en marcha nuevamente.

Y aquello, en la obtusa mentalidad de Reginald Clippin, adquiría los caracteres del misterio y de lo inexplicable.

Stevenson, él lo sabía mejor que nadie, jamás se hacía acompañar por cualquiera de sus guardaespaldas en las periódicas visitas a la rubia Lynda. Lo de la rubia era cosa aparte en la vida de Stevenson. Como un islote de placidez en la tremenda turbulencia de su existencia.

Stevenson, aunque parezca increíble, quería a Lynda, la quería con esa pasión un tanto bestial de los hombres de su calaña. Y Lynda, decía, le correspondía con el mismo entusiasmo.

Claro que esto era cosa aparte. «Lo fundamental —se dijo Clippin, que acababa de reanudar la huida— es que el coche ha desaparecido».

Por muy obtuso que tuviera el entendimiento, no podía dejar de extrañarle la desaparición del coche. Ello demostraba dos cosas, que no habían entrado en los planes de Reginald Clippin cuando se propuso terminar con la brillante carrera criminal de Thomas Stevenson.

Una de ellas era que Stevenson aquella noche no iba solo a visitar a Lynda, y otra, que su acompañante o acompañantes, amigos de aquel sin duda, habían obrado de un modo desconcertante, al poner de nuevo el coche en marcha y escapar de allí.

Reginald Clippin conocía bien a las personas que podrían acompañar a Stevenson. No podían ser otras que Jimmy «El Largo», Thommy, «Cabeza de ajo» o, si acaso, Manolo «El Mulato».

Cualquiera de los tres, tiradores de reconocida puntería y que por algo los tenía Stevenson a su servicio, hubiesen sido capaces de dejarle a él el cuerpo como un colador, antes de alejarse un par de pasos de las inmediaciones del domicilio de Lynda.

Y los tres tenían suficientemente probada su fidelidad al «jefe», como le amaban a Stevenson, como para sacar las pistolas y

emprenderla a tiros con él, antes de que le hubiese dado tiempo a volverles la espalda.

En cambio, emprendieron una cobarde huida.

Eso y muchas otras cosas habían convertido el minúsculo y un tanto embotado cerebro de Reginald Clippin en un puchero de ebullición, en una gigantesca olla donde se cocían múltiples y a cual más dispares ideas con la sola válvula de escape del miedo.

Sí, porque aunque Reginald Clippin nunca había sido lo que se dice un valiente, en aquella ocasión, sus ocultos y crónicos temores alcanzaron una virulencia insospechada.

Pensaba haber asesinado a Stevenson amparado en el anonimato que le prestaba la oscuridad y soledad de aquellos barrios y mira por dónde, inesperadamente, todos sus planes se venían abajo.

Alguien, tal vez el «Largo», el «Cara de ajo», o el «Mulato» le habían visto, y cualquiera de los tres tenían más que suficiente con distinguir vagamente su silueta, incluso en una noche tan oscura como aquella, para deducir, inmediatamente, que había disparado contra Stevenson no podía ser otro que él.

Y ello se debía a que había nacido contrahecho. Su padre, un tipo de los bajos fondos del Harlem, tarado con multitud de enfermedades a cual menos confesables cada una de ellas, le dejó por única e irrenunciable herencia los malignos vestigios de esas mismas enfermedades.

Por ejemplo, la descomunal cabeza, sobre unos hombros extrañamente asimétricos. Unas pulgadas más alto el derecho que el izquierdo, quizá debido a que también tenía unas pulgadas más larga la pierna derecha que la izquierda.

La desproporción en la largura de los remos inferiores de Clippin le obligaban, mucho más al correr que al andar, a imprimir un torpe y ridículo balanceo a su desmedrado cuerpo, lo que le hacía inconfundible, incluso a un miope.

Y ninguno de los tres personajes a quienes él estimaba como probables y casi seguros acompañantes del desafortunado Thomas Stevenson acusaba él menor grado de miopía.

Claro que aquellos no eran momentos de detenerse a reflexionar acerca de quién o quiénes pudieran haberle visto. Después de lo ocurrido, ya procuraría él guardarse muy bien de el «Largo», de el «Cabeza de ajo» y, sobre todo, de Manolo, el «Mulato», a quién consideraba el más certero tirador de los tres y al de peores intenciones.

Cualquiera de ellos, después de lo sucedido a Stevenson,

hubiesen dado un millón de dólares por enviarle a él a la Morgue.

A todo esto, Reginald Clippin, que aquella noche no parecía estar de suerte, al dar la vuelta a la esquina, a poco más se topa con el policía que venía corriendo en dirección opuesta a la que él llevaba, sin duda estimulado por el deseo de averiguar a qué se debía el estruendo de las tres detonaciones que acababan de oírse en su distrito.

Como el noventa y nueve por ciento de los policías, era un hombre corpulento y capaz de hacer papilla a Reginald Clippin con solo un par de mamporros.

Una mirada le bastó a este para calibrar con exactitud los resultados que obtendría de emprenderla a puñetazos con el policía.

«No, Reginald —se aconsejó prudentemente—. Harías mal si tratas de deshacerte de esa mole de carne y huesos con tus puños».

Su padre, el de las innumerables taras fisiológicas, también le había dejado de herencia la convicción de su debilidad física.

Ahora bien, cuando los hombres como él carecen de escrúpulos y de puños con la contundencia necesaria para derribar a policías de la textura de aquel que tenía ante su vista, no les queda otro remedio que hacer uso de lo único que puede suplir a su debilidad: el puñal o la pistola.

«Afortunadamente —pensó Clippin— tengo la pistola».

Sabía que después de lo sucedido con Stevenson, la cabeza, como vulgarmente se dice le olía a pólvora, y que nadie hubiese apostado un centavo en favor suyo, puestos a apostar sobre si iría o no a parar a la silla eléctrica.

También sabía muchas cosas más, todas perjudiciales a su salud, que le obligaron a agarrotar los dedos en la culata de la pistola y a meter uno de ellos, el índice, allí, donde estaba el disparador.

Al policía, al verle volver la esquina corriendo, no se le ocurrió otra cosa que darle el alto, con una voz tan detonante que más bien parecía un formidable trueno.

—¡Alto!

Sí, sí alto. Clippin lo que hizo fue levantar el brazo y disparar. Como antes, cuando se propuso asesinar a Stevenson, disparó sin afinar la puntería, movido por su deseo, no de matar por matar, sino para poder seguir huyendo.

El policía era simplemente un obstáculo, humano es verdad, que había surgido en su camino. Un obstáculo que le estorbaba y había que eliminar.

Dos estrellas rojas, de fuego, se incendiaron en la oscuridad, y dos detonaciones volvieron a restallar en el silencio.

Reginald Clippin vio caer al policía casi a sus pies. Cayó pesadamente, igual que una torre que se derrumbara por un terremoto, igual que esas casas que vemos abatirse en el cine al paso de un tifón.

Ni un quejido, ni un grito. Clippin, aun cuando no afinó demasiado la puntería, no podía fallar. El policía era corpulento, y su corazón, allí donde fue a alojarse una de las balas, también debía ser bastante grande.

De bruces en medio de la acera, inmóvil, parecía como si quisiera seguir estorbándole el paso a su asesino.

Este oyó voces a su espalda. El estampido de los disparos es como un reguero de pólvora que se corre por todos lados, igual al «tam-tam» de los salvajes en la selva.

Ni siquiera se detuvo a mirar para atrás. ¿Para qué? Únicamente le importaba escapar, y para escapar tenía que mover sus piernas con la mayor celeridad posible, con mucha mayor celeridad que las movían los que venían en su seguimiento.

De un salto, pasó por encima del cadáver del policía, y continuó trotando calle adelante.

Eran más de uno los que venían en su seguimiento. Oía sus voces. ¿Qué decían? ¡Bah! que dijese lo que quisieran.

Su cabezota, al correr, daba la impresión de que fuera a desatornillársele del cuello y, cayendo sobre cualquiera de sus hombros, rodara al suelo.

Corría a saltos, renqueante, con resoplidos de animal atemorizado, silbante la respiración y los ojos inyectados en sangre. ¿Por qué diablos había tenido que salirle al paso el policía?

Él no había hecho más que lo que cualquier otro hubiese hecho en su lugar: matar para seguir viviendo.

Claro que ahora le sería mucho más difícil escapar. El asesinato del policía haría convertirse a sus compañeros en una peligrosa, para él, manada de podencos que rastrearían sus pasos hasta conseguir clavar las zarpas y los dientes en sus carnes.

Esos pensamientos y otros semejante infundían una velocidad inusitada a las piernas de Reginald Clippin. Cojo y todo, balanceándose a derecha e izquierda, corría. Y su cabeza, enorme, descomunal, era una peonza gigantesca que se balanceaba, también, sobre sus hombros.

Pero los que, segundos antes, habían dado vuelta a la esquina le vieron correr y estuvieron a punto de tropezar con el cadáver del policía.

Uno de ellos, otro policía, exclamó:

—¡Dios mío, es Timbley!

Sí, era Timbley, un policía como otro cualquiera, padre de cuatro chicos que apenas levantaban unos palmos del suelo, y a los que Reginald Clippin acababa de dejar huérfanos.

Claro que a Clippin le importaba poco dejar huérfanos a su paso. A él, aunque la justicia le enviase a la silla eléctrica o cualquier desaprensivo le alojara un par de balas en el cuerpo para cobrarse alguna antigua cuenta pendiente, nadie le lloraría.

Toda su vida la había pasado en la más absoluta orfandad de cariño, aunque, para ser justos, nunca se había esforzado por hacerse querer. Llevaba en el cuerpo la herencia de las tareas fisiológicas del padre y, en el alma, el inmenso rencor de la madre hacia la humanidad.

La madre de Reginald Clippin empezó a odiar a la humanidad, odiando primero a su marido. Le odió desde el día en que llegó borracho a casa y la apaleó hasta romperla un par de costillas.

Luego siguió odiando a todos y a todo porque no conseguían salir de la miseria, porque el marido continuaba emborrachándose y apaleándola, aunque no siempre le rompiese las costillas.

Cuando Reginald Clippin empezó a tener uso de razón, si bien el padre había muerto en un formidable ataque de «delirium tremens» y las costillas de la mujer gozaban ya de una relativa tranquilidad, en boca de esta jamás escuchó una palabra de cariño ni de comprensión para las debilidades de los demás.

«Acostumbra a defenderse por la fuerza —le decía—. El hombre es el peor enemigo del hombre. Solo odiando, conseguirás triunfar».

Incluso con el tiempo, si no llegó a odiar a su madre, su inesperada desaparición del mundo de los vivos le dejó sumido en la más absoluta indiferencia. Un día le avisaron que la había atropellado un camión. Ni siquiera se molestó en ir a verla a la Morgue. ¿Para qué?

Tal vez tuviese aún aquel fruncimiento de los labios que le endurecía el rostro. Aquella mirada relampagueante que la hacía odiosa. Aunque, ¿miran los muertos? Alguien se habría encargado de cerrarle los ojos, alguien más piadosa que ella.

Durante unos días, siguió viendo, imaginariamente, a la mujer que le había enseñado a odiar, que hizo de él un criminal, con la clara conciencia de que al matar, no hacía más que extirpar los obstáculos que se le interponían en su camino.

Y desde aquel momento, fu deslizándose por la pendiente del delito. Conoció a Stevenson y obedeció sus órdenes. «Haz esto», le decía, y él lo hacía. «Haz aquello», y él obedecía otra vez.

Sin embargo, cada orden de Stevenson dejaba huellas en su alma. Stevenson sí que era un triunfador. Manejaba mucho dinero, grandes manojos de billetes grandes, que derrochaba con la munificencia de un potentado. En cambio, a él, le pagaba sus servicios con unos cuantos dólares, casi como una limosna.

Nunca protestó. Cuando iba a hacerlo, se miraba al espejo y se veía ridícula y trágicamente, contrahecho. ¿Cómo podría compararse con Stevenson? Lo que su madre había olvidado de decirle es que también, a veces, la presencia física influye poderosamente en el triunfo o en el fracaso.

Y él, al mirarse al espejo, lo constató. Por ejemplo, Lydia. Le miraría a él a la cara aunque fuese capaz de ganar y derrochar todo el dinero que ganaba y derrochaba Stevenson.

Aunque no se lo confesase a sí mismo siquiera, Reginald Clippin estaba enamorado de Lydia. Tal vez fuese la única persona que no odiaba, o si la odiaba era porque ella quería o decía querer a Stevenson.

A veces, cuando alguna vez comían juntos los del «gang», y veía a Stevenson abrazarla y besarla sin preocuparse de los demás, le daban ganas de sacar la pistola y disparar contra él.

También a veces le asaltaba la idea de gritar a todo el mundo que él era un ser humano como Stevenson, un hombre, y que Lydia le gustaba como ninguna otra mujer le había gustado antes.

Pero entonces, siempre había un espejo en el que mirarse o cualquier lugar, la superficie brillante de una mesa o la pulimentada puerta de un armario, donde se reflejaba su enteca y contrahecha figura, y callaba.

Callaba por temor al ridículo. Los otros, incluso Stevenson, no sabían otra cosa que gastarles bromas. «Cojo» le decían unos. «Torcido» le llamaban otros. Y casi todos, más fuertes que él, mejor constituidos físicamente, le golpeaban en la espalda entre amistosos y burlones.

Aquello duró hasta que fue metiéndosele en la cabeza de matar a Stevenson. Concretamente, nada tenía contra él. Pero Stevenson representaba todo lo que él hubiese deseado ser y tener.

Representaba a la humanidad triunfante, a la juventud arrolladora, sin taras fisiológicas ni estigmas en el alma.

Representaba cuanto él nunca podría ser y, sobre todo, tenía a Lydia, a la mujer que hubiese dado cualquier cosa porque le dejase acariciarle el pelo y sentirla muy cerca para ver sí, con ello, se le enfriaba el fuego que, poco a poco, día a día, había ido alimentando su propia madre en su corazón.

Por eso esperó a Stevenson aquella noche en las proximidades de la casa donde vivía Lydia, con la pistola preparada y la hoguera del odio abrasándola el pecho.

Y ahora, una vez cumplido el cometido que se había asignado a sí mismo, huía para escapar a la justicia de los hombres.

Lo del policía había sido una fatal coincidencia que ni le perturbaba el ánimo lo más mínimo.

Claro que los otros policías, los que acababan de ver a su compañero tendido en el suelo y sin vida, pensaban de distinto modo. Para ellos, era el hombre sacrificado al cumplimiento del deber, y el hombrecillo que corría calle adelante, a saltos, renqueante y moviendo la cabezota como una enorme peonza a punto de terminársele la cuerda, un asesino.

Por eso no se detuvieron demasiado a comprobar si el policía estaba muerto o vivía aún. Como antes Clippin, saltaron por encima del cadáver y continuaron la persecución del fugitivo.

Este, a pesar de sus deseos por huir, iba lastrado por el peso de su incapaz física. Jamás correría como los policías. La distancia que le separaba de ellos se hizo más corta, y se dio cuenta de ello cuando oyó gritar a su espalda:

—Alto o disparo.

Sí, podrían disparar contra él, matarle incluso para impedir que siguiera huyendo. Era un asesino, y con los asesinos no puede haber piedad.

—Alto o disparo —insistieron.

La frente y la espalda, la nuca y el pecho, se le hizo agua. Agua que manaba por los innumerables agujeros de los poros de su piel. Agua que le resbalaba por la epidermis camino de un río imaginario. Agua que no sabía si estaba fría o caliente, sudor de angustia y de desesperación.

«Habrás de defenderte en la vida por la fuerza» —seguía oyendo la voz de la madre.

Su fuerza era escasa, casi ridícula; pero seguía poseyendo la otra fuerza, la del arma que llevaba en la mano. Aquello nivelaba el poder de los hombres e incluso hacía más fuertes que sus contrarios a los que lo poseían.

Bruscamente, dejó de correr y también bruscamente, dio media vuelta, volviéndose frente a los hombres dispuestos a acorralarle.

Le pareció que el que venía delante de todos, otro policía, era el mismo al que acababa de asesinar. Igual de alto, igual de corpulento. Tal vez tuviese, también, mujer e hijos que apenas levantasen unos pies del suelo.

«En la vida tendrás que defenderte por la fuerza» —apretó el gatillo y disparó.

Dos rojas estrellas de fuego estallaron en la oscuridad y tres detonaciones rompieron el silencio.

Reginald Clippin vio el fogonazo frente a él, al tiempo que apretaba el disparador.

El policía aquel, aunque semejante al otro, era menos confiado. Reginald Clippin sintió algo más que sudor resbalándole por el cuerpo...

II

E

El policía aquel anduvo más listo que el anterior, al menos tenía el lamentable ejemplo otro, al que Reginald Clippin acababa de asesinar.

Por lo pronto, lo primero que hizo, antes de que Clippin tuviera ocasión de disparar contra él, fue quitarse prudente y rápidamente de en medio, de un salto formidable, y cumplir lo que venía prometiendo a Clippin mientras corría detrás de él: disparar.

Esto trajo como consecuencia que Clippin se encontró, de buenas a primeras, con lo que no esperaba: un balazo en el hombro que le dejó fuera de combate. En cambio, sus disparos fueron a estrellarse contra la pared de un viejo edificio de siete plantas.

Segundos después, el policía estaba encima de él y le tenía tan firmemente y con tanto cariño atrapado, que Clippin no tuvo más remedio que implorar piedad.

Lo hizo con tales gritos que más que otra cosa, daba sensación de que le estuviesen asesinando. El policía, en evitación de que le diese la mala idea de escapar, le tenía atrapado por el cuello con una mano y, con la otra, le retorció la muñeca para que Clippin soltase la pistola, cosa que hizo de muy buen grado en cuanto el policía le puso las manos encima.

—Muchacho, has hecho un mal negocio —opinó el policía.

Eso ya lo sabía el rencoroso Clippin; pero ¿qué otra cosa podría hacer en su situación que gritar, patear y pedir clemencia? Por si era poco aquello de retorcerle la muñeca, al policía le dio por emprenderla a puñetazos con él.

—Marrano —gruñía—. Voy a dejarte hecho una papilla.

Y sin duda hubiese cumplido su promesa, de no haber hecho su aparición los otros policías, que, acudiendo al reclamo de los disparos, habían quedado más rezagados.

Uno cogió a Clippin por un brazo y otro por el cuello de la americana y, sin hacer demasiado caso de sus gritos y de sus quejidos, ordenó el primero:

—Andando.

El segundo añadió:

—Vamos a ver qué has hecho antes de asesinar a nuestro compañero.

¡Mala suerte la de Clippin! El que había planeado tan perfectamente el asesinato de Stevenson... Después de su paciente espera, ahora se encontraba en la peor de las circunstancias en que un hombre puede encontrarse. En camino de que lo enviasen, sin apelación posible, a la silla eléctrica.

Según iban andando, al venírsele a la imaginación tan alarmante pensamiento, no se le ocurrió nada mejor que tratar de emprender una no muy honrosa retirada.

A pesar de la herida del hombro, el temor a la silla eléctrica le dominó. Miró al policía que tenía a su derecha, al que llevaba a la izquierda, y sin pensarlo demasiado, se dispuso a la huida. Esa huida no era lo que se dice muy fácil. Por lo pronto, tenía que desembarazarse de sus acompañantes, y para desembarazarse de sus acompañantes, dio un par de tirones.

Al quedar en libertad, emprendió una ligera carrera. Los policías, sorprendidos de su, tan repentina e inesperada, escapada, tardaron unos segundos en rehacerse de la sorpresa.

—Que se nos escapa —dijo uno.

—Vamos por él —chilló el otro.

Y como la cosa no era para estarse quietos, los dos a una y con el tercero de los policías a retaguardia, emprendieron la persecución del fugitivo.

Reginald Clippin, como siempre, también esta vez había calculado mal sus fuerzas. El primer mamporro lo recibió cuando se disponía nuevamente a volver la esquina. Los tres policías cayeron sobre él, casi a un tiempo, los tres con unas ganas locas de resarcirse de la carrera que el asesino les había obligado a darse.

Al recibir el primer mamporro, aplicado contundentemente a su carrillo derecho, Clippin se tambaleó hacia la izquierda, momento que aprovechó el segundo policía para demostrarle que también él estaba molesto por la carrera que les había obligado a darse. Le lanzó un puñetazo fenomenal.

Reginald, que estaba en la posición más próxima al batacazo, volvió a enderezarse al recibir el segundo mamporro de la serie.

—Conque querías escapar, ¿eh? —dijo el policía agresor número uno.

—Anda, inténtalo otra vez —le desafió el segundo de los policías.

Y el tercero, para no ser menos que sus compañeros, le aplicó un soberbio cogotazo que a poco más lo desnucó. Entre unas cosas y otras, a Clippin las piernas le temblaban y su corazón emprendió un

trote mucho más ligero que él mismo cuando quiso escapar de los policías.

Por segunda vez y ya con un par de esposas aplicadas a sus muñecas, le obligaron a desandar el camino en dirección al lugar donde Thomas Stevenson había saltado de las camas y multitud de curiosos asomaban por las ventanas. Otros, más curiosos aún, andaban por las calles a la caza de noticias.

Los policías tuvieron necesidad de abrirse paso entre ellos casi a puñetazos.

—Dejen pasar —decían— dejen pasar.

Pasaron y Clippin vio a Stevenson. No se había equivocado. El tipo aquel, de bruces en el suelo y ensangrentado, era el mismísimo Thomas Stevenson.

De que estaba muerto, no cabía la menor duda. El foco de luz de una linterna eléctrica, de uno de los policías, recorrió el cadáver lentamente.

—Has sido tú, ¿verdad? —preguntó el mismo policía de la linterna.

A Clippin, ya no le importaba confesar la verdad de lo ocurrido. ¿Qué iba a conseguir con negar que había matado a Stevenson?

—Sí, he sido yo —afirmó.

—¿Por qué lo has hecho?

Reflexionó unos segundos y respondió:

—Rencillas personales.

—¿Rencillas personales? Bien, ya lo aclararemos. ¿Cómo se llamaba ese en vida?

—Thomas Stevenson.

Al oír que el caballero fallecido era Thomas Stevenson, el policía que preguntaba dio un respingo y volvió a preguntar:

—¿Estás seguro de que es él? —le iluminaba la cara con el foco de luz de la linterna.

Clippin no tuvo necesidad de mirarle de nuevo. Conocía demasiado bien a Stevenson para confundirle con cualquier otro.

—Pues claro que estoy seguro —exclamó, como si le ofendiesen las dudas de los policías, y recobrando un tanto su sangre fría—. Si no lo hubiese estado, no habría disparado contra él.

En vista de tan determinante confesión, los policías decidieron llevarse a Clippin de allí; pero antes, uno de ellos avisó por teléfono a la Seccional del F. B. I. Thomas Stevenson era un pájaro al que hacía tiempo que los agentes especiales deseaban cazar.

Cierto que Clippin se les había adelantado eliminándole del mundo de los vivos; pero eso no era obstáculo para que los del F. B.

I. quisieran ocuparse de aquel asunto.

Y que tenían verdaderos deseos de ver el cadáver de Thomas Stevenson lo demostraron cuando, minutos después, apareció por allí un coche cargado de agentes especiales. Con ellos, venía el forense Pickin.

El forense Pickin gozaba lo indecible con su trabajo. Lo que más le divertía era practicar la autopsia a los cadáveres. Aseguraba que era como explorar mundos ignotos, países maravillosos.

Por ejemplo, el muerto aquel le llamó la atención desde el primer momento.

—Alúmbrenme —pidió.

Y allí mismo, en el suelo, en plena calle, examinó el cadáver. Los agentes especiales esperaban que les diese su opinión. Al cabo del rato, se puso en pie y preguntó:

—¿Quién ha dicho que este hombre ha muerto a tiros?

Los agentes especiales no habían dicho una palabra. Los únicos que habían afirmado que el motivo del fallecimiento de Thomas Stevenson fueron los disparos que dirigió contra él Reginald Clippin, habían sido los policías y el mismo Clippin.

—Miren —siguió diciendo el forense, sin esperar a que le contestaran—. Casi puedo afirmar que este hombre no ha muerto de un balazo. El que ha disparado contra él tiene bastante mala puntería y solo le ha ocasionado ligeros y leves rasguños. En cambio, fíjense en esto...

Los agentes especiales prestaron atención a lo que les indicaba el forense que observasen: unos profundos y redondos agujeros en las sienes del cadáver.

—¿Qué puede haber sido esto? —inquirió uno de los agentes especiales.

—Le han golpeado con un objeto contundente y puntiagudo.

Esto, naturalmente, difería bastante de las manifestaciones de Clippin.

Poco más tarde, los agentes especiales Owen Benton y Donald Hamm, encargados de aclarar el asesinato de Thomas Stevenson, tenían a Reginald Clippin sentado frente, a ellos en el despacho del primero.

—Conque tú eres Reginald Clippin, ¿eh? barbián —comentó Benton—. Buen amigo de Stevenson, según nuestras referencias. Vas a aclararnos ahora mismo cómo le has asesinado, y por qué has mentido al asegurar que solo disparaste contra él.

Clippin les miró sorprendió. ¿Por qué diablos le decían que había mentido, cuando había dicho toda la verdad?

—Yo no he mentido —graznó—. Estuve esperándole hasta que llegó en el coche. Entonces, al verle apearse...

—Te acercaste a él y le golpeaste con un hierro en las sienes —le interrumpió el agente especial Hamm.

La sorpresa de Clippin fue en aumento. ¿A qué venía ahora eso de que le había golpeado con un hierro?

—Ustedes no conocían a Stevenson —afirmé—. Si me hubiese visto acercarme a él para golpearle... Pero esperen —repentinamente recordó lo sucedido—. Sucedió algo extraño—. Stevenson siempre iba solo cuando visitaba a Lynda.

Benton le interrumpió de nuevo:

—¿Quién es Lynda?

Clippin suspiró. Indirectamente, Lynda tenía bastante culpa de lo sucedido. Si ella no hubiese existido, tal vez él nunca se hubiese decidido a atentar contra la vida de Stevenson.

—La novia de Stevenson —respondió.

Benton anotó, en su bloc, la dirección de la rubia Lynda. La verían más tarde.

—Dices que Stevenson nunca iba acompañado a visitar a su novia. ¿Es que esta noche no iba solo?

Clippin tenía la seguridad de que, en efecto, aquella noche Stevenson iba acompañado. Les explicó cómo le vio apearse del coche y cómo este, inexplicablemente, desapareció de su vista, a poco de emprender él la huida.

—Tenía que ir alguien con Stevenson en el coche —gimió—. El que fuese le mató. Yo no hice más que disparar contra él.

Era como si quisiera justificar su crimen, defendiéndose torpemente. De todos modos, aun cuando él no hubiese matado a Stevenson, la muerte del policía era más que suficiente para condenarle.

—¿Quién o quiénes podrían ir con Stevenson en el automóvil? —quiso saber el agente especial Hamm, pregunta a la que Clippin respondió con un elocuente encogimiento de hombros.

Y ya no pudieron sacarle nada más. Sería cosa de ver a la famosa Lynda por si ella podía facilitarles alguna pista para dar con el verdadero asesino de Stevenson, en el supuesto de que fuese cierto lo que aseguraba Clippin.

La famosa Lynda, que andaba un tanto reñida con la moral, salió a abrirles la puerta de su piso, en persona. Benton aplicó un codazo a Hamm en el momento en que ella apareció en el umbral, llamando su atención para que se fijase en la mujer que tenía delante, codazo que hubiese sobrado, porque el otro agente especial

ya se fijaba bien en la mujer que tenía delante.

Lynda, aunque conocía ya lo sucedido a Stevenson, no parecía excesivamente afectada por su muerte. Tal vez le agradase sentirse un poco centro de la curiosidad ajena. A partir de aquel momento, los periodistas caerían como moscas sobre ella, y ya se sabe, los periódicos publicarían su retrato en todos los tamaños y actitudes imaginables.

Para salir adecuadamente en los retratos, con arreglo a su modo de ser, se había vestido lo más desvestida posible.

—¿Periodistas? —exclamó, alegremente, al ver a Benton y Hamm.

—No, agentes especiales del F. B. I. —respondió el primero, dirigiéndole una mirada que la recorrió toda ella, desde lo más alto de su elevado peinado hasta la punta de sus pies.

«El animal de Stevenson tenía buen gusto», se dijo Hamm, imitando a su compañero en lo de la admirativa inspección ocular de la rubia.

—¡Qué lástima! —se lamentó Lynda—. ¡Y yo que me había vestido por si me retrataban...!

—Te retratarán, preciosa, no te impacientes —Benton la hizo a un lado, para pasar—. Puede ser que te hagan una fotografía de perfil y otra de frente, y que, además, le añadan un numerito al retrato.

Hamm, aunque Lynda no le estorbaba en absoluto para pasar, también la hizo a un lado, y pasó, mientras se repetía, mirando a la chica con ojos tiernos: «Ese animal de Stevenson tenía buen gusto».

Eso de que Lynch se había vestido para que la retratasen, no estaba muy de acuerdo con su escasez de ropa. Toda ella era transparencias, encaje y escote, motivo por el cual Hamm se repelía tantas veces lo de que Stevenson tenía buen gusto.

El pisito de la rubia Lynda era una monada. Los espejos repetían hasta el infinito las esculturales formas de la muchacha. Los había en tal profusión que daban la sensación como si Lynda se pasara todo el día mirándose en ellos. Los había de todos los tamaños y formas. Stevenson debería sentirse abrumado cuando estuviera allí, como si al repetir los espejos su imagen y la de la chica se encontraran rodeados de multitud de gente.

—Supongo que vendrán a hablarme de Thomas —inició la chica la conversación—. Y se equivocan si suponen que voy a contarles sus negocios.

—No venimos a qué nos hables de sus negocios —recalcó Benton la última palabra—, sino simplemente de ti y de él.

Lynda, dejándose caer sobre un confortable sillón tapizado de un rabioso color granate, puso, despreocupadamente, una de sus piernas encima de la otra y cogió un cigarrillo de una cajita de madera que tenía al lado de la mano.

—¿Qué puedo decirles de él y de mí? ¿Qué nos queríamos?

Negó Benton con un movimiento de cabeza. Hamm no decía nada, estaba demasiado ocupado en mirar las piernas de la chica para prestar atención en sus palabras.

—Solo una cosa —Benton cogió un cigarrillo de los que Lynda tenía en la caja de madera sobre la mesa—. Que nos digas con quién venía esta tarde Stevenson cuando le asesinaron.

—Solo —respondió, sacudiendo la ceniza del cigarrillo en un cenicero—. Thomas venía siempre a visitarme solo. Era muy celoso y ninguno de sus amigos le merecía confianza.

—Entonces —Benton apoyó la cabeza en el respaldo de su sillón y expulsó el humo a lo alto—. Si venía solo, ¿cómo es posible que nada más caer Stevenson al suelo, arrancase el coche de nuevo?

Lynda respondió con un encogimiento de hombros. Los enigmas le producían dolor de cabeza y aquello era un verdadero enigma para ella. Estaba sentada en aquel mismo sillón, esperando la llegada de Stevenson, cuando oyó los disparos.

Tardó unos segundos en asomarse al balcón, y, al hacerlo, vio a un hombre caído en la acera. El coche de Stevenson había desaparecido.

Al principio, ni siquiera pensó que aquel hombre pudiera ser el que esperaba. Luego, la curiosidad le hizo bajar a la calle y mezclarse entre los curiosos que andaban por allí. Vio al muerto y lo reconoció al instante.

Otra, en su lugar, se hubiese puesto a dar gritos o a abrazarse al muerto. Ella no hizo más que mirarle y trotar nuevamente hacia su casa diciéndose que, al fin, había llegado el día que tantas veces anunciara a Stevenson.

—¿Por qué tenías la seguridad de que habrían de asesinarle? —la interrumpió, bruscamente, Benton.

Lynda terminó el cigarrillo y lo dejó, sin apagarlo, en el cenicero. Un hilillo de humo gris estuvo subiendo unos segundos como si brotase de la mesa.

—Le habían amenazado de muerte más de una vez —confesó.

Al oírle decir aquello, el agente especial Hamm salió del estado de abstracción en que la contemplación de las piernas de la muchacha parecía haberle sumido.

—¿Conque le habían amenazado de muerte más de una vez? —

chilló—. ¿Quién le quería tan mal como para anunciarle tan agradable acontecimiento?

—Clifford Brown fue uno de ellos. Otro, Dale Sims. Thomas era mucho más inteligente que ellos y había conseguido quedarse con la mayoría de sus negocios.

«Clifford Brown y Dale Sims», apuntaba Benton en su bloc de notas. Les conocía a ambos. Al igual que Thomas Stevenson, el muerto, eran hombres que actuaban casi siempre fuera de la ley, aunque en raras ocasiones podían cogerles «in fraganti».

Como allá por el año treinta Capone y otros, Stevenson, Brown y Sims constituían asociaciones del crimen, poderosos «gangs» constituidos por delincuentes sin escrúpulos pero que guardaban la apariencias con lícitos negocios.

Aun cuando se tuviese la sospecha de sus ilegalidades, eran preciso pruebas para acusarles. Los agentes especiales Benton y Hamm hacía tiempo que andaban a la caza de esas pruebas con las que enviar a Stevenson, Brown y Sims a Sing-Sing para toda su vida, en el supuesto de que alguno de ellos no fuese a parar a la silla eléctrica.

Brown o Sims parecían haberse adelantado a sus propósitos eliminando a Stevenson, y ambos, por separado, tenían razones más que suficientes para hacerlo.

Hamm abandonó con disgusto el confortable sillón en que les había instalado la rubia Lynda, un lugar bástate bien situado para contemplar el estimulante panorama de las piernas de la chica, cuando Benton dijo de marcharse.

En realidad, ya nada tenían que hacer allí. Lynda les había confirmado la veracidad de la declaración de Reginald Clippin, con lo cual este pasaba a ocupar un segundo plano en el asesinato en la persona de Stevenson y por homicidio del policía. Claro que, con ambas cosas, tendría suficiente para enviarle al mismísimo infierno por conducto del ejecutor de la justicia, más conocido por el vulgar apelativo de verdugo.

Ahora interesaba encontrar a Clifford Brown y Dale Sims, cosa en extremo difícil si sospechaban que andaban siguiéndoles los pasos.

—Encanto —suspiró Hamm—. Lástima que tengamos que dejarte tan sola.

—¿Vendrán los chicos de la prensa? —seguía con la idea de que la retratasen para salir en los periódicos.

—Por ahora no —Hamm se la comía con los ojos—. Pero si quieres, yo puedo volver cualquier día de estos y retratarte. ¿Hace,

cariño?

Lynda suspiró también, miró al agente especial de arriba abajo y sonrió. Los pelirrojos como Hamm contaban con todas sus simpatías.

—Puede venir cuando quiera —respondió—. Salgo muy poco de casa. Mañana, a las cinco, estaré aquí. Me enloquecen las fotografías.

Hamm recogió el sombrero, chascó los dedos con gesto alegre, y respondió:

—Hecho; mañana a las cinco, si me lo permite el servicio. Ya verás qué estupendas fotografías voy a hacerte.

Benton, que iba delante, le llamó:

—Vamos, Hamm, no te entretengas.

A la rubia, Benton no acabó de serle simpático. Estuvo parada en el umbral de la puerta del piso hasta que dejó de ver la roja pelambrera de Donald Hamm mientras este corría escaleras abajo.

Después se metió en la casa, cogió un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Al ir a encenderlo, se fijó en el retrato de Stevenson, encima de la repisa de la chimenea. Lo cogió y lo guardó en un cajón.

Si Stevenson no existía ya, ¿para qué quería allí su retrato? Con el cigarrillo entre los labios, siguió pensando en el pelirrojo agente especial del F. B. I. Deseaba fervientemente que el servicio le dejase libre a las cinco de la tarde del día siguiente.

Aparte de gustarle sobremanera las fotografías, la rubia Lynda tenía un corazón bastante enamorado.

Benton iba contento. La visita a la chica aquella había resultado mucho más positiva de lo que esperaban. Al menos, tenían una pista para seguir. Empezarían buscando a Clifford Brown y si de momento no le encontraban, irían en busca de Dale Sims.

—¿A dónde vamos? —preguntó Hamm.

Benton siempre llevaba la iniciativa en los servicios. Sin contestar directamente a la pregunta de su compañero, comentó:

—¿Qué te parece si fuésemos a pasar un ratito en «Riverside»?

Hamm no acababa de comprender para qué tendrían que ir al «Riverside». Ciertamente que el «Riverside» pertenecía a Clifford Brown, y que este era uno de los tipos de los que la rubia había asegurado que tenían verdaderos deseos de enviar a Stevenson al otro mundo; más si Brown había sido el autor del asesinato, lo más fácil sería que a aquellas horas estuviese muy lejos del «Riverside» e incluso de Nueva York, o en cambio, tuviera una coartada tan bien preparada que sería imposible acusarle del crimen.

—¿No pensarás encontrar allí a Brown? —gruño. Hubiese preferido quedarse haciendo compañía a la rubia, para consolarla de la muerte de Stevenson.

—Si no está allí, al menos cabe la posibilidad de que averigüemos dónde podremos encontrarle —Benton estaba ya al volante del automóvil—. Anda, sube de una vez y deja de mirar al balcón.

De mala gana, Hamm subió al automóvil y dejó de mirar al balcón. Lynda se encontraba allí, viéndoles marchar. Su soberbia silueta se recortaba tentadora y atrayente, en el amplio rectángulo iluminado por la luz de la lámpara de cristal que pendía del techo de la habitación.

Hamm deseaba fervientemente que llegasen las cinco de la tarde del día siguiente...

III

C

LIFFORD Brown no estaba tan arruinado como pretendía Lynda. Por ejemplo, el «Riverside» era un negocio floreciente, o al menos lo había sido hasta que al fallecido Thomas Stevenson se le metió en la cabeza convertirlo en un establecimiento decadente.

Una noche sí y otra también, gentes pagadas por Stevenson se dedicaban a producir formidables escándalos en el cabaret que, en ocasiones, terminaban incluso a tiros.

Filo, como es natural, llegó a producir un retraimiento en la clientela, con notable perjuicio para el propietario del local.

Aun cuando el espectáculo que ofrecía Clifford Brown era de lo más escogido en esa clase de locales, se corrieron las voces de la frecuencia con que los más pacíficos clientes del cabaret tenían que abandonar este descalabrados, con un ojo, o los dos, amoratado, tundidas las costillas a golpes, o si llegaba el caso, con unas onzas de plomo en el cuerpo, y, claro está, la mayoría dejó de acudir por allí, en atención al cariño que tenían a su seguridad personal.

Ello trajo como consecuencia, un notable descenso en los ingresos de Clifford Brown, y el que este empezase a amasar, en su mente, la idea de que lo mejor para terminar con tal estado de cosas sería enviar a Thomas Stevenson al otro mundo antes de que le llevase a él a la más completa ruina.

Stevenson tenía cuatro o cinco «cabarets» de su propiedad en la misma zona del «Riverside» y no admitía competencias.

Claro, que enviar a Stevenson al otro mundo no era casi fácil. Siempre, o casi siempre, iba acompañado de sus guardaespaldas, a no ser cuando visitaba a la rubia Lynda.

Clifford Brown montó una eficaz red de espionaje en torno a Thomas Stevenson, para conocer sus menores movimientos y llegar al resultado de quitarse de en medio a su competidor en el más breve plazo posible y con las mayores garantías de seguridad para él.

Habían pasado los tiempos en que los componentes de un «gang» la emprendían a tiros con sus contrarios, terminando por caer unos y otros acibillados a balazos, sin él menor resultado

práctico para unos y otros.

Por la mollera de Clifford Brown danzaban ideas mucho más modernas, o al menos creía él que eran mucho más modernas.

Había que aguardar la ocasión en que Thomas Stevenson estuviese solo, y entonces obrar en consecuencia. Por ejemplo, cuando iba a visitar a la rubia. Quién le impedía salirle al encuentro y a traición y cuando menos lo esperase, romperle la cabeza o meterle unos palmos de acero en el corazón, por la espalda.

Clifford Brown planeó el asesinato de Thomas Stevenson al minuto y con toda serie de detalles, casi casi como, lo tenía planeado Reginald Clippin.

Para Clifford Brown, eliminar a un semejante del mundo de los vivos carecía de importancia, sobre todo si ese semejante era Thomas Stevenson, empeñado en llevarle a la ruina.

Aquella noche, como las últimas noches, el «Riverside» más que alegre lugar de diversión, daba la sensación de un establecimiento funerario. Había solo cuatro clientes, borrachos dos de ellos y los dos restantes empeñados en imitar a sus compañeros, por lo que todo se les volvía beber y beber sin hacer el menor caso de las chicas que andaban por allí aburridas y molestas por la escasez de clientela.

La que no bostezaba abriendo una boca de a cuarta, dormitaba apoyada de codos en cualquier mesa, a la espera de hipotéticos clientes. ¡Quién hubiese visto, tiempo atrás, el «Riverside», antes de que a Stevenson le diese la mala idea de arruinarlo!

Las mismas chicas aquellas apenas daban abasto a atender a los clientes. Se las veía corretear por allí, sonrientes, contentas, haciendo como que bebían y pensando en los pingües beneficios que les proporcionaba la insaciable sed de la clientela.

Bailaban durante toda la noche; pero ahora, ¿con quién iban a bailar? Los borrachos no les hacían el menor caso.

La aparición de los agentes especiales del F. B. I. Owen Benton y Donald Hamm produjo un inusitado revuelo entre las huestes del ejército femenino de Clifford Brown.

Dos nuevos clientes, jóvenes y bien parecidos, eran todo un acontecimiento en el «Riverside» de los últimos tiempos.

Benton y Hamm recorrieron el amplio salón con la mirada. Indudablemente, Thomas Stevenson había realizado una labor bastante positiva encaminada a llevar a Clifford a la ruina.

Benton había estado antes alguna vez por allí, en la esplendorosa época del «Riverside», La hora era la más a propósito para que aquello estuviese en su apogeo. En cambio, ofrecía un

aspecto deprimente.

Los músicos, que hacía rato habían interrumpido su trabajo por considerarlo completamente inútil, al ver aparecer a Benton y a Hamm por la puerta, tomaron a toda prisa sus instrumentos e iniciaron un «chachachá» bastante ruidoso y movido.

Las chicas, que dormitaban, apoyadas de codos en las mesas, despertaron sobresaltadas.

Benton y Hamm cruzaron la pista de baile seguidos por las miradas de veinte o treinta chicas que veían en ellos la liberación de su aburrimiento.

El «maître», un tipo grandullón con más cara de presidiario que de jefe de camareros de un local respetable, les salió al encuentro, dándose tironcitos de las puntas de la americana del «smoking».

—¿Mesa, señores? ¿Dónde quieren sentarse los señores?

—Se equivoca, amigo, no venimos a hacer gasto —Benton seguía mirando en derredor—. ¿Dónde está el bueno de Clifford Brown?

Aunque el «maître» jamás había oído aplicar a su patrono el calificativo de «bueno» no se extrañó demasiado de que los desconocidos se lo aplicasen.

—¿Son amigos suyos? —preguntó.

—De la infancia —respondió Hamm, un poco distraídamente por el hecho de que una morena bastante llenita de carnes y tanto o más ligera de ropa que la rubia Lynda estaba guiñándole el ojo.

El «maître» al oírle aquello, empezó a mirarles con recelo. ¿Cómo diablos podrían ser aquellos sujetos amigos de la infancia del patrono, cuando este le sobrepasaba lo menos veinte años de edad?

—Déjense de bromas —gruñó—. ¿Para qué quieren al jefe?

—Preguntas demasiado, amiguito —Benton le cacheteó amistosamente la espalda—. Anda, dinos dónde podremos encontrarle y lárgate a continuar tus quehaceres.

El «maître» hubiese obedecido de buena gana, a no ser por el hecho de que, inmediatamente, pensó en Thomas Stevenson. Seguro que los tipos aquellos, inducidos por Stevenson, venían con ánimo de armar camorra.

—Quienes van a largarse de aquí a toda marcha sois vosotros —tronó—. Se han terminado las provocaciones. Vuestro jefe, Stevenson, ya nos ha hecho bastante daño. Largaos si no queréis que os rompa la cabeza...

Al llegar a este punto de la amistosa conversación, Hamm apartó los ojos de la morena, volvió la cabeza y miró al «maître».

—¿Cómo has dicho? —preguntó.

—Que os larguéis cuanto antes de aquí.

Donald Hamm era persona de poco aguante, casi de ningún aguante, y la invitación del «maître» a que se marchasen de allí le produjo el mismo efecto que si le hubiesen dado una bofetada.

Para el agente especial Hamm, el que le diesen una bofetada constituía la ruptura de relaciones y, por tanto, la iniciación de las hostilidades.

—Nos iremos —dijo— después de haberte roto las narices.

Si Benton llevaba la iniciativa y la dirección de los servicios, Hamm llevaba siempre la iniciativa en el reparto de puñetazos. El «maître» comprendió, demasiado tarde, que se había precipitado anunciándoles que les rompería la cabeza si no se marchaban.

Hamm rompió las hostilidades con un certero directo a la nariz del «maître». Este, que tampoco era hombre que soportase con resignación el que otro le pegase, dio de lado a su comedimiento, lanzó dos o tres bufidos y se aprestó a repeler la agresión con el mayor entusiasmo.

Sus puños parecían un par de martilletos puestos en movimiento por un cerrajero loco.

—Ahora verás —decía—. Ahora verás.

Y el pelirrojo y belicoso Hamm vio, efectivamente, que no era manco. En menos de un segundo recibió un puñetazo en el mentón derecho y otro en el estómago. Solo que eso sirvió para soliviantarse más.

Atacó en tromba al «maître», buscándole los puntos débiles, y este hubo de batirse en retirada.

Sin embargo, a sus gritos, y a los de las chicas, que chillaban como si los puñetazos con que el agente especial Hamm rociaba la gigantesca mole del «maître» como si se los propinasen a ellas, acudieron los camareros movidos por un enternecedor impulso de compañerismo.

—Ahora vamos —graznó uno de ellos, que venía enarbolando una silla por encima de su cabeza.

Benton les cortó el paso y maldijo a Hamm también de paso, por su inveterada costumbre de armar camorra. Ciertamente que no querían espantar a Clifford Brown anunciándole su visita, en el supuesto de que anduviese por allí; pero tampoco existía razón suficiente para que Hamm la hubiese emprendido a golpes con el «maître».

Por otra parte, tampoco ahora era cosa de volverse atrás. Si Hamm había iniciado la ofensiva, él se veía en la obligación de continuarla, máxime cuando el cuarteto de vociferantes energúmenos se les venían encima, con el indudable propósito de

vengarse, en ellos, de los múltiples danos que Thomas Stevenson les había ocasionado.

El camarero de la silla fue el primero en ponerse a la altura de Benton y el primero en comprobar que no era cosa de jugar con él.

La silla, lanzada con verdadera puntería, pasó rozándole la cabeza al agente especial; pero este tuvo la precaución de apartarse a tiempo, y la silla, fue a caer en medio de la pista de baile.

Detrás de la silla, el camarero que tenía tan malas ideas, siguió el mismo camino. Antes de que pudiese reaccionar de la sorpresa que acababa de producirle el resultado negativo de su ataque, Benton había saltado sobre él, y atrapándole por las piernas, le hizo caer al suelo.

Después, le levantó de nuevo, aunque con la cabeza hacia abajo y los pies en alto, posición totalmente inadecuada para que pudiera defenderse. Y así, se lo cargó sobre los hombros, dio dos o tres vueltas sobre sí mismo, y lo soltó.

Lo soltó en el momento exacto en que otro camarero se disponía a golpearle a él en la cabeza con una panzuda botella de coñac, e hizo algo así como una carambola.

Al soltar al camarero de la silla, este salió disparado por el aire, y como el otro camarero, el de la botella, se encontraba en la trayectoria que habría de recorrer su compañero, recibió un formidable encontronazo que le dejó desarmado, sin conocimiento y de espaldas sobre la mesa que tenía detrás de él.

En cuanto al de la silla, ya se ha dicho, fue a caer en la pista de baile y allí quedó.

Hamm había terminado con el «maître». El último de los puñetazos se lo aplicó en el hígado, lo que acabó con su enconada resistencia.

Y al volverse, se encontró con el tercero de los camareros, que exhibía un cuchillo descomunal, capaz de atravesarle de parte a parte si se dejaba que le atravesase de parte a parte.

Benton estaba entendiéndoselas con el cuarto camarero, un caballero tan desarrollado y corpulento que más que hombre semejava uno de esos animales prehistóricos cuya descarnada osamenta se exhibe en los museos de historia natural.

El tal animal prehistórico con «smoking» y cuello duro de pajarita bamboleó los brazos con un movimiento muy semejante al girar de las aspas de los molinos, y profiriendo un rugido en consonancia con su colosal talla animal, atacó al agente especial.

Benton vio pasar, por delante de su nariz los puños del animal prehistórico, uno detrás del otro. Había andado lo suficientemente

listo como para quitarse de en medio con el tiempo suficiente para que el bestia aquel errase el ataque.

Claro que no era la primera vez que tenía que vérselas con un sujeto de la talla de aquel y movido por unos deseos semejantes. Como medida previa para evitar que el animal prehistórico le dejase fuera de combate, si conseguía colocarle alguno de sus puños debajo de la barbilla, adoptó el sistema de atacarle él a su vez, por la espalda.

Debido a su extraordinaria corpulencia, los movimientos del agresivo camarero pecaban de excesiva lentitud. Así Benton, que podía pecar de cualquier cosa menos de torpeza de movimientos, cuando el otro quiso darse cuenta, ya había saltado encima de él, a caballo sobre su espalda, y el animal prehistórico, que no estaba preparado para recibir semejante peso en sus costillas, luego de unos cuantos pasos tambaleante, hincó los hocicos en el suelo.

Precisamente eso era lo que el agente especial esperaba que sucediese, y el animal prehistórico, habituado a dejar fuera de combate de un par de mamporros a cuantos se habían puesto frente a él hasta entonces, se encontró conque aquella vez sucedían las cosas de muy distinta forma a como estaba acostumbrado.

Benton, como aperitivo, empezó por aplicarle un cogotazo con el canto de la mano que le sentó exactamente igual que si le hubiesen dado un garrotazo.

El fenomenal berrido con que coreó la caricia del agente especial hizo tintinear los colgantes de la lámpara de cristal que pendía del techo.

Benton seguía a caballo encima de él, dispuesto a impedirle que continuase vociferando. Después del cogotazo, le aplicó otro par de golpes detrás de las orejas, confundién-dole, tal vez, con un gigantesco conejo, cosa que produjo el prodigioso efecto de acallar las amenazas, las blasfemias y las maldiciones del camarero.

Así y todo, por si era poco el cogotazo y los golpes detrás de las orejas, el agente especial estimó que otro par de cogotazos no le vendrían mal al animal prehistórico para que les dejase tranquilos durante un largo rato, con lo cual el camarero no solo dejó de blasfemar y de gruñir, sino que, bruscamente, se quedó inmóvil. Tardaría en recobrar el conocimiento.

Benton descabalgó de sus costillas y poniéndose en pie, miró en derredor para ver en las condiciones que se hallaba su compañero Hamm.

Al contrario que Benton, Hamm se encontró conque el tercer camarero era un tipo tirando a enano, con una cabeza descomunal

y una agilidad sorprendente. Por añadidura, empuñaba un cuchillo tan descomunally como su cabeza.

Para el camarero semienano, el ensartar a un ser humano en la hoja de su cuchillo parecía tener menos importancia que cobrar a un cliente veinte dólares por una botella de «whisky» de la peor calidad.

Sin duda, a juzgar con la maestría con que manejaba el cuchillo, parecía haber buceado en más de una ocasión en los recovecos intestinales de algún desgraciado con la puntiaguda y afilada hoja del arma.

Igual que antes a Benton le habían pasado los puños del animal prehistórico rozándole la nariz, ahora la punta del cuchillo pasó rozándole el estómago al pelirrojo Hamm.

¡Malas ideas tenía el semienano! Tan cerca le pasó la punta del cuchillo al agente especial, que le rasgó la pechera de la camisa.

Ante una actitud semejante, no cabían más que dos cosas: sacar la pistola y meterle un par de balas en el cuerpo al camarero antes de que este le metiese a él un palmo de acero en la barriga, o tratar de desarmarle como fuese, aún a riesgo de que le enviara al otro mundo si se descuidaba.

Se decidió por lo último, aunque lo primero habría resultado mucho más cómodo y fácil.

Por lo pronto, procuró quitarse de la zona de peligro y esperó, tensos los músculos y la imaginación despierta, a que el semienano volviera a atacarle.

—Te sacaré los hígados —prometió el camarero— y se los enviaré a Stevenson para que prepare una buena fritada con ellos.

El «maître» y los camareros les habían confundido con uno de los tipos que Stevenson solía enviar al «Riverside» frecuentemente para promover escándalos. Sin embargo, no eran momentos para andarse con explicaciones.

El del cuchillo había vuelto a la carga con redoblados bríos y Hamm tuvo el tiempo justo para, de un salto, esquivar nuevamente la acometida del enfurecido camarero. Lo del hígado para la fritada de Stevenson, de momento, quedó solo en proyecto.

Más las cosas parecía que se complicaban para el agente especial. Al saltar, esquivando la acometida del camarero, olvidó que el suelo de la pista de baile, como la mayoría de las pistas de baile, estaba bastante escurridiza, y se le fue un pie.

Al írsele un pie, trató de mantener el equilibrio; pero, ya se sabe lo que suele suceder en esos casos. Después de ese pie, que había emprendido una marcha precipitada en dirección contraria a la que

su dueño hubiese querido, el otro, desobedeciendo también los mandatos del subconsciente del agente especial, pareció empeñarse en seguir el camino opuesto al anterior.

Consecuencia; el dueño de los pies giró sobre sí mismo, levantó los brazos buscando un asidero imaginario e inexistente y, a lo último, el batacazo.

Para el del cuchillo, la ocasión de destriparle, como se proponía, se le presentó pintiparada, y, con ello, la ocasión de resarcirse, él y sus compañeros, pensaba, de la multitud de palizas que habían tenido que soportar de los «muchachos» de Stevenson.

Acompañándose de un alegre alarido muy semejante a los de Tarzán en la selva, embistió nuevamente contra Hamm, quien había tenido la desgracia de darse un testarazo contra una mesa al caer y estaba medio inconsciente.

—Ahora verás quién es Princes —farfulló el del cuchillo, y levantó este, animado del honrado propósito de destripar al agente especial.

La caída de Hamm y la subsiguiente embestida del semienano contra él, la presencié el otro agente especial; más daba la casualidad de que estaba demasiado lejos para llegar a tiempo de evitar que el camarero destripase a su compañero. Tuvo que pensar y obrar con rapidez.

Como antes al pelirrojo, la idea de meterle un par de balas en el cuerpo al del cuchillo pasó fugazmente por su imaginación, y al igual que el pelirrojo la descartó enseguida. Más allí mismo, al alcance de la mano, tenía cuantas sillas quisiera.

Cogió una de ellas, calculó la distancia que le separaba del camarero del cuchillo y afinó la puntería. El semienano levantaba en aquel momento el arma sobre su cabeza.

La cabezota del camarero era lo suficientemente grande como para ofrecer un blanco inmejorable. Voló la silla por encima de mesas y sillas, y el semienano tuvo que dejar para mejor ocasión el destripar al agente especial. La silla fue a darle, certeramente, en el colodrillo...

Hamm se incorporó tambaleándose. El cuchillo, al caérsele de las manos al camarero, se hincó en el suelo, cinco pulgadas a la derecha del hombro izquierdo del agente especial.

Este lo miró con la aprensiva desconfianza con que hubiese mirado a una víbora saliéndole repentinamente al paso. Un poco más a la izquierda que hubiera caído el cuchillo y a aquellas horas el Federal Bureau of Investigation habría contado con una víctima más en sus filas.

Le produjo escalofríos el pensar que esa víctima pudiera haber sido él. La rubia Lynda le habría esperado en vano...

—Gracias, chico —dijo.

Y Benton, ayudándole a ponerse en pie, le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Lo que se dice bien, no se encontraba. El testarazo contra la mesa, al caerse, le produjo un efecto muy semejante al que debía haberle producido el silletazo al camarero.

—Muchacho, de buena has escapado —comentó Benton—. Si llego a descuidarme un segundo, a estas horas estarías haciendo compañía a tu difunta abuela.

En diciendo esto, giró la mirada en derredor. Los borrachos, ajenos a lo que acababa de suceder, seguían amorrados sobre las mesas. Los no borrachos aprovecharon la magnífica ocasión que se les presentaba para emprender la huida sin pagar, y las chicas, cada cual había buscado el refugio que consideraban más seguro «hasta que pasase la tormenta».

En cuanto a los músicos, presintiendo que nadie iba a prestar atención a su trabajo mientras durase la trifulca, tomaron el juicioso acuerdo de cobijarse los cinco detrás del gigantesco piano.

Unas y otros fueron asomando la nariz, poco a poco, al apagarse los ruidos de la pelea, y vieron, asombrados, que los dos desconocidos habían dejado fuera de combate a las más escogidas huestes del propietario del «Riverside»,

Precisamente al «mâitre», al del cuchillo y al animal prehistórico con *smoking* y cuello de pajarita los había contratado Clifford Brown el día anterior para que pusieran orden en el local cuando los «muchachos» de Stevenson acudiesen por allí para colaborar en el hundimiento definitivo de su negocio.

Los tres tenían fama de matones, y los tres, junto con los otros dos camareros, licenciados ambos de presidio por ciertos delitos contra la propiedad y la integridad personal de sus semejantes, habían quedado muy por debajo de la estimación en que Clifford Brown los tenía.

El pianista, un tipo remilgado y asustadizo, dejó escapar un prolongado ¡Oooooh! de asombro, y apuntando hacia la pista con mano temblorosa, añadió:

—Fijaros, muchachos.

El espectáculo merecía la pena de observarlo. El terrible «mâitre» y los no menos terribles camareros, diseminados unos por la pista y otros por entre las sillas y las mesas ofrecían un aspecto deprimente.

El primero, de bruces en el suelo, daba la sensación de que hubiese caído del techo, quedando allí aplastado, abierto de piernas y con los brazos en cruz.

Otro, por el contrario, boca arriba, sin sentido, parecía dormir.

Más allá, un tercero, trataba de incorporarse llevándose las manos a la cabeza y maldiciendo.

Los restantes, en las posiciones más dispares y ridículas, tardarían en recobrar el conocimiento.

Una mirada le bastó a Benton para comprobar que había pasado el peligro para ellos. Más y Clifford Brown, ¿dónde se había metido que ni siquiera intentó salir en ayuda de su gente? ¿Habría huido después de lo de Stevenson?

—¡Eh, tú! —llamó el agente especial al pianista.

—¿Es a mí? —al pianista le aumentó el temblor de la mano con que señalaba a los caídos camareros.

—Claro que es a ti. Ven para acá.

Dudó el pianista entre acudir a la llamada o echar a correr. Después de lo sucedido al «maître» y a los otros, los agentes especiales se le figuraban algo así como un par de diablos capaces de convertir el «Riverside», con todos ellos dentro, en un montón de escombros con solo que diesen una patada en el suelo. Castañeteándole los dientes, salió al encuentro de Benton.

—¿Qué... quería de mí? —tartamudeó.

—¿Dónde anda metido el propietario de este antro? —preguntó Benton.

—¿El señor Brown?

—Naturalmente que el señor Brown. Supongo que no habrá cambiado de dueño, de ayer a hoy.

Seguían castañeteándole los dientes al pianista.

—Desde luego —respondió—. El señor Brown es el dueño del «Riverside». No sé dónde pueda estar ahora. Hace unos minutos andaba por aquí.

—¿Estás seguro?

La pregunta de Benton desconcertó un tanto al pianista, hizo memoria y volvió a decir:

—Muy seguro. Esta noche hay poca gente por aquí, como puede ver, y es difícil que haya podido confundirle con otro. Estaba a la puerta de su despacho. Allí...

Benton siguió, con la mirada, la dirección del dedo del pianista. Al fondo del salón, había una puerta.

Si Clifford Brown había estado allí minutos antes, no sería extraño que siguiese todavía en su despacho, a no ser que hubiera

aprovechado los momentos de la pelea para abandonar el local.

Dando de lado al tembloroso pianista, el agente especial Benton, seguido de su compañero Hamm, que no hacía más que rascarse el cogote, se encaminó en dirección al despacho de Clifford Brown.

La puerta estaba cerrada; pero como no tenía más que un pestillo, solo era preciso empujarla para abrirla. Benton la empujó y saltó el pestillo; únicamente consiguió abrirla un poco. Parecía como si alguien intentase impedirles entrar.

—¿Qué ocurre, Benton? —Hamm empezaba a recuperarse después del testarazo.

—No lo sé. Parece como sí... Espera, ayúdame.

Entre los dos, empujaron la puerta. Nadie trataba de impedirles la entrada. Era otra cosa, algo caído en el suelo que obstruía el paso. Poco a poco, abrieron lo suficiente para que Benton pudiera entrar.

Entró, y una vez dentro, llamó:

—Hamm, pasa enseguida y que nadie toque la puerta...

El pianista y sus compañeros dudaban entre reanudar su interrumpido trabajo o acercarse a ver qué sucedía en el despacho de Clifford Brown.

Los borrachos roncaban amodorrados encima de la mesa...

IV

D

ECÍÁ verdad el pianista, Clifford Brown había estado a la puerta de su despacho minutos antes de aparecer los agentes especiales por allí.

Recorrió el salón con triste mirada y suspiró media docena de veces seguidas. ¡Maldito Stevenson, a qué extremo había llevado su negocio! Aquello era una completa ruina. Cuatro borrachos por toda clientela.

Pero no, no había por qué desanimarse. Todo estaba en vías de arreglo. Al terminarse las casi diarias peleas, la gente volvería por el «Riverside», como en tiempos atrás, antes de que Stevenson...

Cerró los puños, escupió al suelo, y sacando un cigarro del bolsillo del pecho de la americana, mordió la punta, volvió a escupir al suelo, y entró en su despacho.

Le entristecía aquella soledad, la orquesta tocando para que nadie bailase, las chicas amodorradas en las mesas y los camareros cruzados de brazos.

—¡Cerdo de Stevenson! —refunfuñó.

Al cerrar la puerta, se dio cuenta de que no estaba solo, un hombre, con cuya visita no contaba, le esperaba sentado en una silla y con las manos en los bolsillos de su americana.

—¡Hola, Brown! —le saludó—. ¿Te acuerdas de mí?

Claro que se acordaba de él, y maldita la gana que tenía, de verle.

A Brown no pareció agradarle, en absoluto, la visita.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—Charlar contigo de negocios.

—Hace tiempo —respondió Brown— que dejamos de ser socios. Además, todo ha cambiado desde entonces. ¿Por dónde has entrado?

El otro volvió ligeramente la cabeza, sin perderle de vista y contestó:

—Por la puerta de escape. Ya sabes, Brown, que mi especialidad ha sido siempre el descerrajar cerraduras. Tú y los otros teníais plena confianza en mí.

Brown asintió con un leve movimiento de cabeza. Mientras encendía su cigarro, preguntó:

—Mis negocios andan bastante mal ahora, Stevenson...

—Sí, ya lo sé —le interrumpió el visitante—. Ya no sois amigos como antes. Estoy al tanto de todo. Tratáis de hundiros los unos a los otros. Seréis toda la vida igual, traidores y capaces de asesinar a cualquiera por la espalda. Siéntate, Brown, fuma —bajó más la voz hasta hacerla inaudible, añadiendo —y... muere.

Obedeció Brown, dejándose caer en otra silla, frente a él, como dominado por su mirada.

Tenía una mirada fría e inexpresiva, una mirada por la cual nadie sería capaz de adivinar sus pensamientos. Y Brown sabía que los ojos de aquel hombre, en otros tiempos, expresaban toda la franqueza y rectitud de su conciencia. Era un ladrón, pero jamás hacía daño a nadie, y menos aún hubiese sido capaz de traicionar a un amigo. En cambio él...

Mientras pensaba, recordando, daba largos y ruidosos chupetazos al cigarro. El humo, denso y gris, invadía la habitación. Incapaz de hablar, dejaba que lo hiciese el otro.

—Quiero formar parte de tu negocio —continuó—. El «Riverside» es un buen cabaret y de ahora en adelante, volverá a darte dinero en abundancia. ¿Qué contestas, Brown?

Este se encogió de hombros. ¿Por qué habría de darle parte en su negocio?

—Estás loco —resumió sus pensamientos—. El «Riverside» es mío y nadie tiene derecho...

—Bien sabes que tengo derecho —volvió a interrumpirle el otro—. Empezasteis con mí dinero, con los doscientos mil dólares que robamos en el banco. He podido denunciaros y no lo he hecho.

—¿Qué habrías conseguido con ello?

—Enviaros a presidio.

—Tú también habrías ido a presidio.

—Te equivocas, Brown. Hubiese bastado un simple anónimo al F. B. I. para que os echaran mano. Yo habría seguido también en el anónimo.

Volvió a encogerse de hombros Brown y a chupetear el cigarro.

—¿Por qué no lo has enviado? —preguntó.

—Porque espero ser tu socio.

—No lo serás nunca más —Brown se levantó del asiento y paseó por la habitación.

—¿Es tu última palabra?

Deteniéndose de pronto, se encaró con el otro. Gritó:

—Claro que es mi última palabra, y es inútil que insistas. No creas que me asustas con tus amenazas de enviar un anónimo al F. B. I. No podrías escapar tú tampoco. Iríamos todos a la silla eléctrica.

El otro se puso en pie también. Era más alto que Brown y algo más joven que él. Seguía con las manos en los bolsillos. Brown le miró con desconfianza y gruñó:

—¿Qué tienes en las manos? Sácalas de los bolsillos.

—No tengo nada, Brown. Toda tu vida serás un cobarde, igual que cuando me arrojasteis por el barranco para que me arrollase el tren. Pero ya lo ves, no me destrozó y estoy otra vez aquí. ¿Qué haces que no fumas? ¿Tienes miedo?

Clifford Brown retrocedió un par de pasos. Empezaba a obsesionarle el hecho de que el visitante tuviese las manos en los bolsillos. Tal vez empuñara una pistola o un puñal. Había venido a matarle. Ahora lo comprendía. Después de tanto tiempo, no podía venir a otra cosa.

—Saca las manos de ahí —chilló.

—¿Para qué quieres que lo haga, Brown? —sonreía el otro—. ¿No te fías de mí? Me temes, ¿verdad?

Los ruidos de fuera no llegaban al despacho. Tampoco los que anduvieran por el salón podrían oírles, aunque Brown gritase pidiendo auxilio. La habitación estaba acondicionada para que los ruidos no pudiesen molestarle a Clifford Brown.

Salir tampoco podía salir de allí. El visitante le impedía la huida. Brown pensó en la pistola que guardaba en el cajón de la mesa. Tal vez consiguiese engañarle.

—Te daré dinero —prometió—. Aún no estoy arruinado. Mira, lo que tengo aquí...

—¿Dónde, Brown?

—Aquí, en el cajón de la mesa. Unos centenares de dólares. Te los daré y me dejarás en paz.

Mientras hablaba, dio la vuelta a la mesa, y se agachó para abrir el cajón.

El otro no daba la sensación de que desconfiara de él. Únicamente, que seguía sin sacar las manos de los bolsillos. Clifford Brown confiaba en su celeridad en el manejo de la pistola. En cuanto consiguiera tenerla en la mano, ya vería el tipo aquel de lo que era capaz.

—Supongo que no volverás por aquí —pretendía distraerle con su charla—. En adelante, no me sorprenderás como ahora. Estaré preparado para cualquier eventualidad. Hacía tiempo que no me

encontraba en peligro...

—Mientes, Brown. ¿Qué me dices de Stevenson? Llevaba tiempo haciéndote la vida imposible, ¿no es cierto?

—¡Bah! Stevenson no cuenta demasiado, siempre ha sido un fanfarrón y no le temo en absoluto.

Había tirado del cajón de la mesa y se disponía a meter la mano en él. Allí mismo, tenía la pistola, estaba viéndola. Incapaz de dominar sus emociones, sonrió torciendo la boca.

Pero no llegó a cogerla. Brusca e inesperadamente, el otro se abalanzó sobre él, y Brown lanzó un aullido de dolor, un quejido angustioso.

Solo unos segundos pudo mantenerse en pie, mirando al hombre que tenía ante él, con los ojos muy abiertos. Le decía:

—¿Recuerdas, Brown? «Fuma y... muere». Ya lo ves, no he muerto. Mírame bien. Pero no, ya no puedes verme. Querías asesinarme y esta vez me he adelantado a tus designios. El temible Brown ha terminado de hacer daño a la gente...

Llevaba razón, Brown ya no le veía ni le oía. Retrocedió un par de pasos, tambaleándose y, de repente, cayó al suelo. El otro se agachó a su lado y le tomó el pulso.

—Fuma y... muere —repitió, para añadir a continuación, como si Brown pudiera oírle—: ¿Recuerdas? Fueron unos momentos angustiosos. Mejor hubiese sido que me hubierais matado enseguida. Pero quisisteis verme sufrir. Stevenson decía: «Fuma, muchacho, tendrás de vida lo que te dure el cigarro». Y tú me obligabas a fumar, sujetándome el cigarro en los labios, haciéndome tragarme el humo. Luego, tú mismo me empujaste...

Como si quisiera alejar de su imaginación alguna dolorosa pesadilla, sacudió la cabeza vigorosamente, y empujó a Brown con el pie, igual que años atrás le empujó a él, haciéndole caer por el barranco.

Los recuerdos se le amontonaban en el cerebro. Volvía a ver a Stevenson riéndose delante de él y a Brown obligándole a fumar sin descanso. Volvía a verse a sí mismo cuando despertó en la cama del hospital. Levantó los brazos y profirió una maldición.

Dando media vuelta, se encaminó a la puerta de escape, la abrió y salió a la calle.

Nadie le había visto entrar y nadie le vio salir. Una lluvia de estrellas cayó sobre su cabeza. Parecía como si bajasen resbalando por las lisas paredes de los rascacielos...

Para el agente especial Benton, el descubrimiento del cadáver de Clifford Brown, resultó una sorpresa bastante desagradable. Para el agente especial Hamm, una complicación que tal vez le impidiese acudir al día siguiente a la cita concertada con Lynda.

Porque al encontrarse muerto a Clifford Brown las cosas se complicaban. Había sido este el asesino de Stevenson? Pudiera ser que sí y pudiera ser que no.

—Fíjate en esto, Hamm —dijo Benton, que estaba arrodillado junto al cadáver.

El otro agente especial se fijó en lo que le indicaba su compañero y comentó.

—Parece que el asesino tiene predilección por deshacerse de sus víctimas golpeándolas en las sienes con un hierro.

En efecto, el cadáver de Brown presentaba un agujero a cada lado de la cabeza, como si le hubiesen golpeado con un hierro.

—Es extraño —murmuró Benton—. Brown ha muerto exactamente igual que Stevenson. El asesino le ha clavado el hierro en las sienes, casi con precisión matemática. Un golpe en cada lado...

Había algo extraño en aquello, algo desconcertante. ¿Por qué el asesino hería siempre a sus víctimas en el mismo sitio?

Vieron la pistola en el cajón entreabierto de la mesa, y la puerta de escape. Dedujeron que el asesino había entrado por allí y que la pistola pertenecería a Brown.

El «maître» apareció en aquel momento por el despacho con los ojos amoratados y los labios ensangrentados. El grito de Hamm le dejó paralizado:

—Quieto, animal. No te muevas de ahí y no toques nada con las manazas.

—¡Es el señor Brown! —exclamó el «maître», al descubrir el cadáver—. Vosotros...

—Cierra el pico, amiguito, y no acuses a nadie sin fundamento —le interrumpió Benton—. Tu patrono estaba bien muerto cuando hemos entrado aquí. Le han asesinado mientras nos peleábamos ahí fuera. Y por si puede servirte de algo, te diremos que somos agentes especiales del F. B. I.

Al oírle que eran agentes especiales, el «maître» cambió de color. ¿Qué diablos andarían buscando por allí? ¿A Brown?

—Lárgate y déjanos trabajar —gritó Hamm—. Pero no te vayas muy lejos. Te necesitaremos. Procura que nadie salga del cabaret. Espera, yo mismo me encargaré de ello.

La inspección ocular no dio el menor resultado. El agente

especial Benton no encontró el más ligero indicio que le condujese a la identificación del asesino.

Tal vez los de Identificación encontrasen huellas dactilares. Por más que buscó la supuesta barra de hierro que había servido para asesinar a Brown no la encontró. Seguramente se la había llevado consigo el asesino.

Salió a la calle y buscó por los alrededores del edificio que ocupaba el cabaret «Riverside». Nada. Regresó desalentado.

Entretanto, habían recibido refuerzos. Hamm se encargó de llamar por teléfono a la Seccional del F. B. I. y aparte del forense y los técnicos en identificación, una nube de policías llenaba el cabaret.

Ni él ni Hamm tenían nada que hacer allí. Los de Identificación se encargarían de revelar las huellas que encontrasen en el despacho y de informarles.

—Vámonos, Hamm —propuso Benton a su compañero—. Por ahora, hemos terminado aquí.

Hamm asintió de buena gana:

—Llevas razón —dijo—. Es una magnífica hora para irnos a dormir. Mañana será otro día...

—Te equivocas. El que nos marchemos de aquí, no quiere decir que vayamos a dormir. Supongo que no habrás olvidado lo que nos dijo la rubia.

Hamm había olvidado lo que les dijo la chica, pero no a ella. En tanto se metía en la boca una pastilla de chicle, y después de darle unos cuantos mordiscos, refunfuñó:

—La verdad, no recuerdo...

Benton sonrió y cogiéndole por un brazo, le hizo andar a su lado.

—Tienes mala memoria, Hamm. La rubia nos dijo que a Stevenson le habían amenazado de muerte Clifford Brown y Dale Sims. Después de lo sucedido a Brown, tenemos que descartarle como el presunto asesino de Stevenson; pero nos queda Sims. ¿Por qué no puede ser él el asesino de ambos?

—Llevas razón—. Hamm mascaba chicle muy deprisa—. Me había olvidado de él. Sin embargo, que ya no le encontraremos en su cabaret...

—Eso no importa, ya nos dirán dónde puede estar...

Subieron al coche, y emprendieron la marcha.

El cabaret de Dale Sims no estaba muy lejos del «Riverside». En otros tiempos, Thomas Stevenson, Clifford Brown y Dale Sims formaban sociedad, constituyendo una especie de monopolio de los

lugares de diversión de todo el Sureste de Manhattan, desde City Hall a Hett Gate, donde reinaban como dueños y señores, sin que nadie se atreviese a hacerles la competencia.

Más surgieron divergencias y cada uno se marchó por su lado. Al deshacerse la sociedad, Clifford Brown se quedó con el «Riverside», Dale Sims, con «El Club Plater», y Stevenson, alegando unos derechos de los que carecía en buena ley y con la ayuda de sus guardaespaldas que estuvieron amenazando a Brown y a Sims con las pistolas todo el tiempo que duró la firma de los documentos necesarios para acreditar a cada uno sus propiedades, Stevenson, repito, pasé, a constituirse en único y legítimo propietario del «Maracas», del «Star» y del «Habana», los tres mejores y más florecientes cabarets de la disuelta sociedad.

Desde aquel mismo día, Brown y Sims se hicieron el firme propósito de enviar a Stevenson al otro mundo a la menor ocasión que se le presentase.

Por otra parte, Dale Sims tampoco estaba conforme con el hecho de que a Clifford Brown le hubiese correspondido el «Riverside» en el reparto. Se consideraba perjudicado, no ya con respecto a Stevenson, sino incluso en lo que se refería a Brown. «El Club Plater» valía muchísimo menos que el «Riverside» y que cualquier otro de los cabarets de Stevenson.

Dale Sims odiaba casi tanto a Brown como a Stevenson, y hubiese hecho lo posible por enviar a ambos al infierno.

«El Club Plater» estaba situado en la confluencia de la Avenida A con la calle Dieciséis, en los sótanos de un viejo y destartado caserón donde un japonés había instalado un cine, al que acudían todos los chicos del barrio que se hallaban en posesión de los pocos centavos que costaba la entrada y querían gozar con las violentas escenas de las películas del Oeste.

A aquellas horas, los alrededores del cine del japonés y del «Club Plater» daban la impresión de la más completa soledad. Los chicos aficionados a las películas del Oeste estarían durmiendo en sus casas, y los clientes del «Club Plater» hacía tiempo que marcharon de allí, más o menos firmes sobre sus piernas, después de haber ingerido los infernales brebajes que les preparaba el «barman», bautizándoles con el nombre de «cocteles».

Ni una luz en el cine y ni una luz en el cabaret. Así y todo, los agentes especiales detuvieron el coche en las inmediaciones del caserón y saltaron a tierra.

Luego, la emprendieron a golpes con la puerta del cabaret. Alguien tenía que haber dentro, al menos el guarda de noche.

El guarda de noche, que acudió a los pocos minutos restregándose los ojos y gruñendo entre dientes, era un viejo compañero de Dale Sims en la penitenciaría de Sing-Sing, donde ambos pasaron unos años como huéspedes del Estado maldiciendo a la Justicia y añorando la libertad.

—¿Qué quieren a estas horas? —graznó—. ¿Es que no ven que está cerrado?

—Naturalmente que vemos que está cerrado, viejo búho —respondió Hamm—. Pero da la casualidad de que necesitamos entrevistarnos con el bueno de Dale Sims y tú vas a decirnos dónde podremos encontrarle.

El viejo búho les miraba con desconfianza.

—Somos amigos suyos —añadió Benton—. Le habrás oído hablar de nosotros, Hamm y Benton. Hace tiempo tuvimos negocios con él.

—¿Qué clase de negocios? —el guarda guiñaba un ojo al hablar.

—Coca —aventuró Hamm—. Sims nos agradecerá la visita.

Dudaba el guarda de noche. Jamás había oído hablar a Sims de aquellos Hamm y Benton, por la sencilla razón de que Sims solía ser poco explícito con el personal a sus órdenes.

Sin embargo, le constaba que el patrón traficaba en cocaína y otros estupefacientes.

—Dentro de unas horas salimos para el Canadá —continuó Benton, al tiempo que alargaba al viejo búho unos billetes con el propósito de hacerle soltar la lengua.

Para el guarda, el recibir unos dólares extra sobre la miserable paga con que Sims retribuía su trabajo resultaba algo tentador. Cogió los billetes, se los metió en el bolsillo, carraspeó y dijo:

—No sé si debo...

—¡Claro que debes, amiguito! —Hamm procuraba dar una alegre entonación a su voz—. Necesitamos ver inmediatamente a Dale, y seguro que te pondrá de patitas en la calle si se entera que hemos estado aquí y no nos has dicho dónde podríamos encontrarle.

La seguridad con que los viejos desconocidos hablaban de su vieja amistad con Sims y el lubricante del dinero, pusieron en marcha la enmohecida lengua del guarda de noche.

—Podrán encontrarle a la vuelta de la esquina —confesó al fin—. Sims vive en el doscientos catorce de la calle Dieciséis. Hace poco que ha alquilado el piso.

—¿Qué piso?

—El segundo. Aunque no le agrada que le molesten de noche.

Yo...

Le dejaron con la palabra en la boca. Los dos a una, dieron media vuelta y salieron corriendo.

También él dio media vuelta y se metió en su cubil. Ahora que se habían ido los otros, se le vino a la imaginación la idea de que había cometido una barbaridad al ponerles en antecedentes de dónde podrían encontrar al patrono. Dale Sims andaba metido siempre en negocios sucios y no sería extraño que los tipos aquellos, en vez de amigos fuesen enemigos.

Rascándose el cogote con gesto dubitativo, se acercó al bar y después de servirse una generosa ración de «whisky», al que era bastante aficionado, miró al teléfono. ¿Cómo habían dicho que se llamaban los supuestos amigos de Sims?

Hizo memoria y recordó, dándose un golpe en la frente:

—Hamm y Benton —exclamó, en voz alta—. Eso mismo, Hamm y Benton.

Todavía se echó al estómago otro trago de «whisky». Le daba reparo alarmar a Sims; pero no quedaba otro remedio. Había obrado estúpidamente. Sin embargo, aún estaba a tiempo de reparar su falta.

Alargó la mano y descolgó el teléfono. Marcó un número y esperó a que respondiesen.

Durante unos segundos, oyó repiquetear el timbre al otro lado del hilo. Luego, una voz malhumorada que preguntaba:

—¿Quién diablos llama a estas horas?

Al guarda de noche le temblaba la mano con que sostenía el teléfono...

L

A señora Sims era una de esas mujeres que apenas se atreven a levantar la voz en presencia de su marido. Menuda y delgada hasta lo inverosímil, se pasaba la vida suspirando y pidiendo a Dios que cualquier día tocara en el corazón de su marido y le convirtiera en un hombre honrado.

No pedía más. Bueno, a veces, pedía que Sims la quisiera un poquito, aunque solo fuese una milésima parte de lo que ella le quería a él. Se hubiese conformado con bien poco: con una palabra amable del marido, con la más leve caricia en la arrugada piel de su cara.

Pero Sims no hacía más que gritarla y zaherirla. «Maldita Ana» la llamaba, o «estúpida bestia». Ella suspiraba y lloraba.

Sí, lloraba a todas horas, de día y de noche. Por eso, a pesar de que era joven aún, parecía tener muchos más años de los que tenía. Las lágrimas arrugan la piel.

Aquella noche, minutos antes, Sims había llegado a casa más irritado que nunca. Arrojó los zapatos contra la pared y tiró los pantalones al suelo. La mujer, acurrucadita en un extremo de la cama, le miraba en silencio.

La hubiese gustado preguntar: «¿Qué te pasa, Dale? ¿Por qué no me cuentas lo que te ocurre?» Tal vez hubiese encontrado el modo de arreglar sus problemas, o de tranquilizarle.

Pero no decía nada. Temía hablar, que oyese su voz, incluso que la descubriese mirándole. «¿Por qué me espías?», la había dicho algunas veces, y algunas veces, también, la había pegado.

Por eso, callaba y le miraba con los ojos entornados. Si él volvía la cabeza, los cerraba y fingía dormir.

Aquella noche parecía que se le habían dado mal las cosas al marido. Maldecía entre dientes, mientras se despojaba de sus ropas, para dormir.

Al caer en la cama, esta crujió estruendosa, bajo el respetable peso de Dale Sims.

La mujer tiritaba sin saber por qué. Puede que de frío o de

miedo. Temía al marido tanto como le quería. Su vida había sido una larga historia de sufrimientos. Dale Sims vivía demasiado fuera de la ley para que ella pudiese estar tranquila. Conocía la mayoría de sus secretos no porque él quisiera hacerle partícipe de ellos, voluntariamente, sino porque hablaba en sueños.

Ella no tenía más que escuchar. Dormía poco, y las voces del marido la desvelaban. Así supo lo sucedido la noche aquella en los desmontes bajo los cuales pasaba el ferrocarril, lo otro del hombre al que Sims asesinó golpeándole en la cabeza con una barra de hierro, enterrándole después en los sótanos de una fábrica de salazones.

También supo, de ese modo, de su ruptura con Stevenson y Brown, del odio que profesaba a ambos y de su deseo de asesinarles. Cada noche, Sims hablaba de ellos, y la mujer estaba segura de que cualquier día les haría lo mismo que hizo con el hombre al que enterró en los sótanos de la fábrica de salazones.

Entre sueños, hablaba de sus proyectos y de sus realizaciones. Del negocio de estupefacientes en que se había metido últimamente. Temía ser descubierto. Parecía que alguien se había ido de la lengua, y estaba seriamente preocupado.

¿Se encontraría aquella noche de tan mal humor por lo de los estupefacientes?

La mujer, acurrucada, insignificante, le miraba ahora con los ojos bien abiertos, en la penumbra de la habitación. Dale Sims, boca arriba, con los nervudos brazos por encima de las ropas, se había dormido. Su respiración se hacía cada vez más ruidosa. Pronto roncaría, y luego empezaría a hablar.

Para la mujer, el escuchar los secretos del marido sin que él lo supiera, le sugestionaba. A veces quisiera no oírle. Escondía la cabeza entre las ropas, pero, así y todo, seguía oyéndole. Se sabía encubridora de sus crímenes y también estaba segura de que unas cuantas palabras de ella a la Policía le llevarían a la silla eléctrica.

Pero callaba, llevaba años y años callando y aumentando el insoportable acervo de sus secretos. Posiblemente, si Dale Sims hubiese sabido que hablaba en sueños, y que ella estaba en posesión de sus secretos, la hubiera estrangulado.

En ocasiones, experimentaba deseos irreprimibles de gritarle: «Dale, eres un asesino», sobre todo cuando la mortificaba con sus insultos o la golpeaba brutal e inhumano. También sentía deseos de ir a la Policía y contarle todo, descargando su conciencia del peso que la agobiaba; más no iba a la Policía, y cada noche se enteraba de nuevos crímenes, suficientes para quedarse viuda en cuanto ella

quisiera.

Más del asesinato del hombre al que enterró Sims en los sótanos de la fábrica de salazones, le desazonaba lo de los estupefacientes. Con ello, Sims cometía muchos crímenes cada día. No robaba ni asesinaba, pero iba destrozando multitud de vidas poco a poco.

Ahora, cuando empezase a hablar inconscientemente, le diría cómo una pobre mujer, joven y bonita tal vez, había recibido la primera inyección de morfina o aspirado los primeros polvos de cocaína. Contaría cómo otros, hombres y mujeres, habían acudido a él pidiéndole droga, desesperados y enloquecidos si carecían de dinero. Tal vez riese a carcajadas recordando la escena, cómo aquellos hombres o aquellas mujeres le suplicaban, embrutecidos, lo que no podían adquirir y necesitaban para seguir embruteciéndose y matándose.

O quizá habíase de Stevenson o de Brown. Últimamente, planeaba asesinarles. Recordaba cómo asesinó al hombre de la fábrica de salazones. Cualquiera día, asesinaría a Stevenson y a Brown golpeándoles en la cabeza con un hierro...

Ella podría evitarlo, pero no lo evitaba. Incapaz de rebelarse contra sí misma, callaba, y aquel silencio minaba su alma, haciéndole sentirse tan criminal como el marido.

En la penumbra de la habitación, escuchaba su ruidosa respiración, sin dormirse, con los ojos fijos en él, en su rostro alargado, en su nariz deformada por un golpe que se propinó al caerse siendo niño, en sus manazas, peludas y sucias.

Empezó a roncar, y la mujer aguzó el oído. Ahora empezaría a hablar. La ronca voz de Sims se elevaría en el silencio acusándose a sí mismo.

Nadie más que ella podía oírle. Era una escena que se repetía cada noche, desde hacía muchos años. De momento, Sims agarrotó los dedos de las manos en el embozo de las sábanas y gritó:

—Fuma y... muere. ¿Recuerdas, Stevenson, recuerdas, Brown?

También aquello lo había repetido infinidad de veces. Ella sabía bien lo que quería decir con eso de «fuma y... muere». Era una historia que Sims no podía olvidar, que tenía firmemente grabada en su imaginación.

La mujer se plegó, aún más, sobre sí misma, en el borde de la cama. El reloj, encima de la mesilla de noche, brillaba en la oscuridad con los doce ojos fosforescentes de sus números...

—Tú, Stevenson, lo dijiste, y tú Brown...

Inesperadamente, el timbre del teléfono, repiqueteando sobre la tersa piel del silencio, despertó a Dale Sims. Abrió los ojos y buscó

el interruptor de la luz a tientas, refunfuñando:

—Vamos, ¿qué ocurrirá?

La mujer salió de su mutismo:

—¿Quieres que me levante yo y vea quién llama?

—No hace falta. Sigue dónde estás.

La luz de la lámpara, derramándose bruscamente por la habitación, cegó los ojos fosforescentes del reloj. Instintivamente, mientras descolgaba el teléfono, que lo tenía sobre la mesilla de noche, Sims miró el reloj.

Hacía apenas unos minutos que se había acostado, y era muy tarde para que le llamasen a casa. Además, poca gente conocía su nuevo domicilio y mucho menos su teléfono, ya que ni siquiera figuraba en la guía.

—¿Quién diablos llama a estas horas? —gritó.

Y al otro lado, temblorosamente, percibió la voz del guarda de noche del «Club Plater»:

—¿Eres tú, Dale? —la antigua amistad, forjada en el hospedaje de Sing-Sing, daba al guarda la confianza necesaria para tutear a su patrono.

—Claro que soy yo. ¿Qué tripa se te ha roto para despertarme cuando acababa de dormirme?

—Verás —al guarda se le trababa la lengua—. Acaban de estar por aquí dos tipos preguntando por ti.

Sims, aunque se alarmó un tanto, refunfuñó:

—Bueno, la cosa no tiene importancia. Supongo que te habrán dicho quiénes eran.

—Sí, me lo han dicho, y por eso les he enviado a verte.

—¿Qué les has enviado a verme? —Sims, con los pelos alborotados, tenía un ridículo aspecto—. Eres un perfecto idiota, John. Ni aún tu paso por Sing-Sing ha servido para espabilarte.

En eso estaba de acuerdo el tal John con él, si bien se abstuvo de darle su conformidad. Pasó por alto lo de idiota, y añadió:

—Aseguran que son amigos tuyos. Se llaman Benton y Hamm, y afirman que hace tiempo tuvieron negocios de «coca» contigo.

Sims soltó un rotundo juramento, e incorporándose en la cama, bramó:

—Bestia. No conozco a ningún Benton ni a ningún Hamm y en mi vida he tenido negocios con semejantes tipos...

—Llaman a la puerta, Dale —anunció la mujer, que había palidecido casi tanto como su marido.

Este, en pijama, despeinado y con un susto tremendo en el cuerpo, sentándose en la cama, dejó el micrófono del teléfono, que

se golpeó contra la mesilla de noche.

¿Dale y Hamm? ¡Maldito John, en buen lío le había metido! Seguro que quienes llamaban a la puerta eran sus supuestos amigos. Tenía que verles antes de franquearles la entrada. Las cosas se habían complicado últimamente y no sería extraño que el tal Benton y el tal Hamm fuesen un par de agentes especiales del F. B. I. que iban en su busca por lo de los estupefacientes.

—¿Voy a abrir? —preguntó la mujer.

Como si hasta entonces Sims no se hubiese dado cuenta de su presencia, volvió los ojos a ella y la miró fijamente:

—Estúpida bestia —graznó—. Quédate dónde estás y procura seguir calladita.

En diciendo esto, saltó de la cama y sin entretenerse en calzarse las zapatillas, abandonó la habitación y fue hasta la puerta del piso, de puntillas.

Una vez allí, arrimó un ojo a la mirilla. Por fuera, el pelirrojo Donald Hamm parecía dispuesto a seguir toda la noche con el dedo en el pulsador y escandalizando a toda la casa con el repiqueteo del timbre.

El otro, Owen Benton, con un cigarrillo entre los labios, miraba fijamente a la puerta.

Dale Sims, sin dejarse ver, les observó unos segundos en silencio, mientras maldecía, mentalmente, al guarda del «Club Plater». Conocía demasiado bien a los policías y el gran número de delitos que tenía sobre su conciencia para dudar que aquellos lo fuesen.

Si les abría la puerta, estaba seguro, lo primero que harían sería ponerle un par de esposas en las muñecas y, después, obligarle a confesar sus delitos.

Y si no les abría la puerta, también estaba seguro de esto, acabarían echándola abajo a empujones. En ambos casos, su situación no tenía nada de envidiable.

De cualquier modo, habría de enfrentarse con ellos, cosa a lo que no estaba dispuesto. Pensándolo bien, lo más razonable sería quitarse de en medio.

Ahora bien, ¿cómo se quitaba de en medio sin tener que enfrentarse antes con sus visitantes?

También de puntillas, volvió sobre sus pasos. La mujer le esperaba sentada en la cama y mirándole con ojos de susto.

—¿Quién, Dale? —quiso saber.

—No sé, no les conozco.

—¿Por qué no les abres?

Sims no contestó directamente a lo que le preguntaba. Como si

temiese que pudieran oírle los que seguían llamando al timbre, respondió:

—Escúchame, maldita Ana —ni aún en aquellos momentos, olvidaba su cariñosa costumbre de tratar a la mujer—. No sé quiénes son, pero temo que puedan ser policías que vienen a buscarme por... unas cosillas apenas sin importancia que he hecho en estos últimos tiempos, y que me harían volver a Sing-Sing.

¿Pequeñas cosillas? A la mujer le temblaban los labios.

—¿Qué vas a hacer? —dijo, asustada.

Temía que pudiesen detenerle. Al igual que él, estaba segura de que si le detenían le enviarían a la silla eléctrica.

—No lo sé —Sims parecía un animal acorralado—. Tengo que escapar de aquí —miraba en derredor con ojos de susto— y ellos están en la puerta.

La mujer exprimió su sesera con ánimo de salvarle. Indudablemente, los que andaban por fuera venían con el propósito de atrapar al marido. La habían emprendido a golpes con la puerta.

—Acabarán echando la puerta abajo —gimió.

También de eso estaba bien seguro Sims; pero no lo confesaba. No hacía otra cosa que pasear por la habitación y mirar en derredor. Más si era imposible salir por la puerta, ¿por dónde podría hacerlo entonces? Como no se tirase a la calle de cabeza por el balcón.

—¡Mala bestia! —bramó dirigiéndose a su mujer—. ¿Qué haces ahí, mirándome con esa cara de idiota y no me das alguna idea para escapar?

La pobre mujer no sabía qué hacer. Se restregaba las manos, suspiraba, se rascaba la cabeza y miraba al desesperado marido sin decir palabra.

Por otra parte, ya estaba dando vueltas en la cabeza al sin fin de ideas, todas ellas irrealizables, que se le ocurrían para salvarle.

Porque, en aquel momento, había olvidado que Sims era un criminal. Para ella, era solo su marido, el hombre con el que llevaba viviendo quince años, una larga vida de sufrimientos que no habían conseguido disminuir su enfermizo cariño hacia él.

Casi más que el mismo Sims, deseaba encontrar el medio de que pudiese escapar.

Pero no daba con una solución. A lo último, fijó los ojos en el balcón. A aquellas horas, no era fácil que pasase gente por la calle. Saltó de la cama y corrió a asomarse afuera. Miró para abajo. A unas yardas del portal, había un coche parado. Sin duda, en el que habían venido los policías.

Lo que faltaba averiguar era si había alguien, en él o no, porque acababa de ocurrírsele una idea.

—Ven aquí, Dale —llamó al atribulado Sims—. Si te das prisa, puedes escapar aún.

La miró con asombro. A pesar de lo que acababa de pedirle poco antes, la consideraba totalmente huérfana de ideas.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—Mira, ahí está el coche de los policías; pero tengo la impresión de que no hay nadie en él.

Sims asomó la cabeza por el balcón y miró a la calle. Plasta aquel momento, la mujer no le había dado ninguna solución para su problema.

—Bueno —dijo— ya lo veo. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Que puedes saltar a la calle.

—Lo que tú quieres es que te deje viuda cuanto antes —tronó.

—Estás loco, Dale, jamás te he deseado mal alguno. Siempre te he querido.

—¡Bah, bah! Déjate de eso ahora, imbécil. Si no es tu deseo el que me machaque los sesos contra el suelo, ¿qué diablos se te ha ocurrido?

—Podríamos atar unas sábanas con otras y deslizarte tú por ellas.

Para Sims, la vulgar y sencilla idea de su mujer fue un gran descubrimiento. A decir verdad, a él no se le hubiese ocurrido nunca eso de las sábanas.

Antes de que las cosas se complicasen más de lo que estaban complicadas, corrió a la cama, arrojó las mantas al suelo, cogió las sábanas y se puso a anudarlas una con otra, con febril ansiedad.

La mujer sacó otro par de sábanas del armario e hizo otro tanto que Sims. Después, unieron las de él con las de ella, con lo que consiguieron una especie de larga y resistente cuerda, por la cual Dale Sims podría deslizarse hasta la calle.

No faltaba más que atarla a la barandilla del balcón. Lo hizo el mismo Sims, para asegurarse de que la improvisada escala resistiría su peso, y asimismo, en pijama, pasó una pierna por encima de la barandilla, después la otra, y cogiéndose a las sábanas que colgaban a lo largo de la pared como una blanca pincelada, se dispuso a emprender el descenso.

—Ten cuidado, Dale —gimió la mujer.

Había olvidado a los policías que aporreaban la puerta, para pensar en el peligro en que se encontraba el marido, si se desataba cualquiera de los nudos que habían hecho en las sábanas.

—Mucha suerte, Dale —repitió.

Él, la verdad, no estaba en condiciones de escucharla. Jamás se había distinguido por su amor a los deportes, y aquello de deslizarse por una escala de tela, desde un segundo piso, era algo superior a sus fuerzas.

Cogido fuertemente a las sábanas con ambas manos, y con los pies apoyados en la pared, ganaba terreno poco a poco.

Al llegar al primer piso, vio que se encendían las luces del balcón y el corazón le dio un vuelco. Arrimando la nariz a los cristales una mujer le miraba con cara de susto.

Sims pensó que a la mujer aquella podría ocurrírsele la mala idea de salir con unas tijeras y cortar las sábanas, con lo cual él se daría el batacazo más fenomenal de su vida.

La mujer abrió el balcón, en efecto, pero en lugar de salir con unas tijeras, como temía Sims, lo que hizo fue ponerse a gritar con tan buena gana y brío, que Sims se confesó que jamás había oído gritar a mujer alguna tan desaforadamente.

—Allá va, deténganle —decía.

Eso, naturalmente, iba por él. A punto estuvo de soltar las manos de las sábanas y dejarse caer al suelo. Le dolían las muñecas, y los gritos de la mujer eran como alfilerazos que le clavasen en las sienes.

De allí a unos segundos, la maldita bruja habría conseguido poner en movimiento a todo el barrio.

Aceleró el descenso. Volvió la cabeza y miró para atrás. Un pequeño esfuerzo y llegaría al suelo con toda facilidad.

—¡Deténganle, deténganle! —berreaba la mujer, sin saber, exactamente, los motivos por los cuales habría que detener al hombre que elegía tan inusitado procedimiento para salir de su casa.

Una segunda mirada atrás, y Dale Sims descubrió que había llegado al lugar donde bastaría con estirar las piernas y soltar las manos de las sábanas para alcanzar el suelo.

Luces alarmantes empezaban a iluminar los balcones. Dale Sims estiró las piernas y tocó el suelo con los pies. Bien, al menos no se había roto la cabeza. Ahora se imponía una rápida huida antes de que los berridos de la entrometida mujer pusiera a un batallón de policías sobre sus huellas.

Afortunadamente, como muchísimos neoyorquinos, solía aparcar su coche en las proximidades de su casa.

Emprendió una veloz carrera, después de comprobar que nadie le seguía y que tampoco salía nadie en su persecución del coche que

suponía de los policías.

Indudablemente, la suerte le acompañaba. Antes de que los berridos de la mujer pusieran en movimiento a las gentes, y antes de que el pelirrojo y el otro que estaban empeñados en echar abajo la puerta de su piso se dieran cuenta de lo ocurrido, él estaría muy lejos de allí.

A pesar de saltar por el balcón en pijama, había tenido la precaución de coger las llaves del coche antes de hacerlo.

En Nueva York, tenía buenos amigos que le darían cobijo el tiempo que fuese necesario. ¡Allá Ana, que se las entendiese con los policías! En cuanto al «Club Plater», ya encontraría alguien que se hiciese cargo de él, hasta tanto las cosas volvieran a su cauce.

Mientras corría, dos o tres veces volvió la cabeza atrás. No, no venía nadie en su persecución, aun cuando la vieja seguía gritando que le detuviesen, desde la improvisada tribuna del balcón.

Claro que ya era tarde para detenerle. Tras una postrer mirada en derredor, metió la llave en la cerradura de su coche y abrió la portezuela.

No se fijó en que estaba abierta o si se dio cuenta de ello, no le concedió importancia. Entró con muchas prisas en el automóvil y lo puso en marcha.

Ahora ya podía respirar. Pisó el acelerador. Llevaba el pijama pegado al cuerpo. Goterones de sudor le resbalaban por el cuello.

No obstante, lo peor había pasado. Pudo romperse la crisma si se hubieran desatado las sábanas. Ana había tenido una buena idea. A él, jamás se le hubiese ocurrido lo de las sábanas. De no haber sido por ella, a esas horas estaría dando vueltas aún por la habitación o defendiendo a tiros su libertad contra los policías.

En tanto llegaba al Harlem, a dónde se dirigía en busca de refugio, le daría tiempo de fumarse un cigarrillo. Sin aminorar la marcha, sacó la pitillera del bolsillo, un cigarrillo, y lo prendió con el encendedor eléctrico.

Empezó a fumar con fruición. El sudor se le quedaba frío...

VI

E

L saltar la cerradura del piso de Dale Sims no les costó a los agentes especiales demasiado trabajo. Solo que antes tenían que esperar a ver si les abrían.

Primero emplearon el correcto sistema de pulsar el timbre, y al comprobar que esto no les daba el menor resultado, Hamm la emprendió a puñetazos con la puerta.

Aguardaron sin adoptar medidas extremas hasta que se les agotó la paciencia.

—¿Qué hacemos, Benton? —preguntó Hamm, en vista de que con los puñetazos en la puerta obtenían idéntico resultado que con los timbrazos.

A Owen Benton, le repugnaban las medidas extremas. Era amigo de agotar los medios legales, y si se les ocurría echar la puerta abajo caerían de lleno en eso que se llama allanamiento de morada.

—Espera —dijo.

—¿A qué quieres que esperemos? —protestó Hamm—. ¿A que se nos escape?

—Estás loco. ¿Por dónde crees que puede huir? Ya hemos visto que la casa carece de escalera de incendios, y me figuro que no pensarás que vaya a darle la mala idea de arrojarle de cabeza a la calle por el balcón.

—De todos modos —gruñó el pelirrojo—. No estaré tranquilo hasta que le hayamos atrapado.

Para demostrar sus deseos de atrapar a Sims, la emprendió de nuevo a puñetazos con la puerta.

A todo esto, un hombre asomó la nariz por la puerta de al lado, protestando:

—¿A qué viene este escándalo? ¿Es que no pueden dejar que descanse la gente honrada?

—Claro que se puede dejar dormir a la gente honrada —respondió Hamm sin interrumpir su tarea de aporrear la puerta—. Pero no a los sinvergüenzas como su vecino.

Asintió el hombre con un movimiento de cabeza. Dale Sims no le gustó desde el primer día en que le vio aparecer por allí.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Cosas. Escuche, amigo. ¿Sabe usted si está detrás de esa puerta Dale Sims; quiero decir, si ha oído llegar a su vecino? —terció Benton en la conversación.

El hombre aquel debía ser de esas personas que acostumbran a estar al tanto de las entradas y salidas de sus vecinos. Imprimió un nuevo movimiento afirmativo a su cabeza, carraspeó y respondió:

—Desde luego. Hace poco que le he oído abrir la puerta y entrar.

Para el agente especial Hamm, aquello fue suficiente. Ya no cabía esperar más. Aunque incurriesen en el delito de allanamiento de morada, echaría la puerta abajo.

Apartando a un lado a Benton, que había llegado, también, a la misma consecuencia, tomó impulso y se dejó caer sobre la puerta.

Entretanto, el vecino seguía informándoles que Dale Sims solía llegar tarde y que él, que sufría frecuentes jaquecas que le impedían dormir, le oía llegar casi todas las noches. Sin que nadie le preguntase su opinión, añadió:

—Es un tipo muy raro, ¿saben?

¡Vaya si sabían ellos que Dale Sims era un tipo no ya raro, sino extraordinariamente peligroso!

Por lo pronto, Benton, mientras su compañero se encargaba de saltar la cerradura con la palanqueta de sus espaldas, desenfundó la pistola, preparándose para hacer frente a cualquier sorpresa.

Y el vecino entremetido, al verle empuñar el arma, dio un respingo, un salto, y se metió más que de prisa en su piso.

Hamm acababa de salirse con la suya. Con la cerradura, saltaron astillas de la puerta por el aire. Benton entró el primero en el piso, pistola en mano.

Detrás de él, el pelirrojo, también empuñando la pistola, le siguió los pasos.

Dentro de la casa, reinaba el más absoluto silencio. El vestíbulo estaba a oscuras; pero, al fondo, se veía una luz por debajo de la puerta de una habitación.

Se encaminaron hacia allá. Benton abrió la puerta de un puntapié y gritó, haciéndose a un lado:

—Sims, sal de ahí, es inútil que trates de resistir.

Sims no salió. En cambio, vieron aparecer a una mujer pequeña, reseca, temblando asustada y a medio vestir que les informó:

—Mi marido no está aquí, no ha venido aún.

—¿Cómo que no ha venido? —Hamm la atrapó por los pelos, obligándola a levantar la cabeza—. Mientes, bruja del demonio. Tu marido hace rato que ha regresado del «Club Plater». ¿Dónde se ha

metido?

—Búsquenlo.

Eso era lo que estaba haciendo el agente especial Benton. Fue hasta el balcón y no vio nada que llamase su atención. Ni siquiera la vecina de los gritos, ya que, cansada de gritar sin que nadie la hiciese caso, había renunciado a seguir mortificando sus cuerdas bucales.

Mientras Hamm se entretenía en interrogar a la señora Sims, él recorrió toda la casa sin encontrar rastro del marido, a no ser los zapatos tirados en el suelo, y los pantalones sobre una silla, cuando volvió nuevamente por la alcoba.

—No está —dijo.

—Pues estaba —gritó Hamm—. Hemos debido tirar antes abajo la puerta. Dinos, bruja, ¿por dónde ha escapado tu marido?

Ana Sims hacía grandes esfuerzos por contener las lágrimas. Con su cómplice silencio, defendía a un asesino.

Solo respondió:

—Es mi marido.

Llevaba razón. No podían obligarla a declarar contra él. Además, Benton se fijó mejor en ella y la compadeció. En su rostro demacrado, lleno de arrugas, tenía impresas las huellas del sufrimiento.

—Déjala, Hamm —ordenó a su compañero—. Ya daremos con él. Espera...

Acababa de fijarse qué no se veía, en la cama, el embozo de las sábanas, nada más las mantas y la colcha. De un tirón, levantó estas.

—¿Acostumbráis a dormir sin sábanas? —preguntó a la mujer.

—Sí, siempre dormimos así —mintió ella—. Dan más calor las mantas encima del cuerpo.

Claro que los agentes especiales no se dejaban engañar. Sin hacer caso de las protestas de la mujer, Benton levantó el colchón. Allí estaban las sábanas, anudadas unas con otras, Ana Sims no había tenido tiempo más que de desatarlas del balcón y esconderlas en aquel lugar.

—¡Lástima no haber entrado un momento antes! —se lamentó el otro agente—. Y ahora, bruja, ¿qué tienes que decir a esto?

¡Qué podría decir ella! Al ayudar a que escapase su marido, se había convertido en su cómplice. Las lágrimas se le desbordaron de los ojos inundándole los carrillos.

—¿Sabes que tu marido es un asesino? —Benton se le encaró,

hablándole casi con dulzura—. Ha matado a dos hombres, a Thomas Stevenson y a Clifford Brown. Comprendo tu situación, pero no puedes seguir ayudándole. Dinos dónde podremos encontrarle y nada te ocurrirá.

—¿Y a él?

La pregunta de la mujer desconcertó a los agentes especiales. Frente a ella los dos, la miraban como si no acabasen de comprender su comportamiento.

—Es un asesino —repitió Benton.

—Supongo que no creerás que vamos a condecorarle cuando le echemos el guante —intervino el pelirrojo.

—No, no es eso. Es que, ¿saben? yo le quiero.

Hamm, esta vez, no se atrevió a burlarse de ella. Más que sus lágrimas, le impresionaron sus palabras. Quería al marido a pesar de saberle un asesino.

—Y él a ti, ¿te quiere?

Levantó la mujer la cabeza y miró a Benton, que le había hecho la pregunta. Antes de responderle, tragó saliva:

—No, no me quiere —dijo—. Pero eso ¿qué importa?

Ahora comprendía Benton por qué había ayudado a su marido a escapar y por qué, todavía, trataba de defenderle. Su cariño hacia él era su mejor defensa.

Más estaban perdiendo demasiado tiempo allí.

—Tendrás que venir con nosotros —la dijeron—. Vístete.

Mientras la señora Sims terminaba de vestirse, oyeron que alguien andaba por fuera.

—¿Quién está ahí? —gritó Hamm.

—Soy yo, la señora Thompson.

La señora Thompson era la vecina del piso de abajo, la de los gritos. Un feo ejemplar del sexo débil. Toda llena de esas horribles horquillas con que las mujeres se atormentan el pelo para rizárselo, parecía un «robot». A cada palabra, levantaba una mano hasta la altura de su nariz, y como hablaba mucho y muy deprisa, levantaba y bajaba la mano a una velocidad prodigiosa.

En un par de segundos, puso a los agentes especiales en antecedentes de lo que había visto.

Después de explicarles cómo se le ocurrió salir al balcón al oír un ruido por fuera que llamó su atención, y como vio a Dale Sims haciendo de montañero en pleno Nueva York, concluyó afirmando que el fugitivo tomó su automóvil, aparcado yardas más abajo de la casa, y se dio a la fuga.

—¿Está usted segura de que era su automóvil? —la inesperada

comparecencia de la señora Thompson podría serles valiosa.

—Desde luego, conozco perfectamente el coche del señor Sims. No hay otro igual por estos alrededores.

Benton tomó nota de las declaraciones de la mujer. La curiosidad de la curiosa señora Thompson llegaba al extremo de saberse de memoria la matrícula de los coches de los vecinos.

Cuando hubo concluido de explicar cuanto sabía, le llegó el turno de las preguntas.

—Y a todo esto —dijo—, ¿por qué escapaba el señor Sims por el balcón? ¿No creen ustedes que podría haberse roto la cabeza?

Benton iba a responderle que aunque se hubiese roto la cabeza se habría perdido poco; pero la llegada de la señora Sims frenó su lengua. Respondió simplemente:

—Otro día, más despacio, le explicaremos los poderosos motivos que ha tenido el señor Sims para salir de su casa por el balcón en lugar de hacerlo por la puerta. Ahora no podemos entretenernos volviéndose hacia la señora Sims, añadió—: Vámonos.

Mal se les había dado la noche. Primero, cuando esperaban detener a Clifford Brown, se encontraron con que le habían asesinado. Luego, al ir en busca de Dale Sims, se les escapaba de entre las manos, por segundos.

Claro que su huida venía a confirmar sus sospechas. El mismo, al escapar, se había declarado culpable. Pero no podría ir muy lejos. Pronto localizarían el coche en el que había huido.

Entretanto, tratarían de que la señora Sims les informase acerca del lugar a dónde podría haberse dirigido su marido.

Una vez en la seccional del Federal Bureau of Investigation, sudando, resoplando, maldiciendo, Hamm trató de que la señora Sims les dijese lo que ignoraba.

Una y otra vez, le repetía:

—Tú tienes que saber adónde ha ido. Haremos que te encierren para toda tu vida si te obstinas en seguir callando.

Benton, sentado en una silla, fumando un cigarro detrás de otro, callaba. Había llegado al convencimiento de que la mujer era una víctima de Dale Sims. Le temía y le quería por igual. Era como un perro al que apalea el amo y acude después a lamerle la mano.

—Déjala, Hamm, déjala. Ya le encontraremos.

—¿Y qué le harán cuando le encuentren?

No pensaba en sí misma, sino en el marido. Señor, ¿por qué Dale mató al hombre que enterró luego en los sótanos de la fábrica de salazones? ¿Por qué había asesinado a Stevenson y a Brown, según afirmaban los agentes especiales? ¿Por qué envenenada a las gentes

con la cocaína?

Todo aquello era horroroso, como habían sido horrorosos los largos años a su lado. Sin embargo estuvo a punto de repetir «le quiero», justificando así su fidelidad hacia él. No lo hizo, porque en aquel momento, llamaron a la puerta.

—Pasen —gritó Hamm, que se había dejado caer en una silla, cansado del obstinado silencio de la mujer.

Era un hombre el que llamaba a la puerta, un policía. Entró y entregó un sobre cerrado a Benton. Este lo abrió y sacó un papel de dentro. Era una comunicación. Después de leerla, se la alargó a Hamm, diciéndoles:

—Toma, lee esto.

Hamm la leyó y la entregó para añadir a continuación:

—No comprendo quién pueda ser el que...

—Yo tampoco, aunque enseguida lo averiguaremos—. Benton se puso en pie—. Señora Sims —dijo—; usted se quedará aquí, de momento. Puede que la necesitemos más adelante.

—¿Han encontrado a mi Dale? —se alarmó la mujer.

Benton respondió, lacónico:

—Lo ignoramos aún. Al menos, su coche sí que lo han encontrado.

Llevaba razón. El coche de Dale Sims lo encontró uno de los coches-patrulla de la policía que habían recibido, por radio, el aviso de que lo buscaran.

No había ido lejos de la calle Dieciséis. Lo hallaron en Avenue Park, empotrado contra una farola del alumbrado. Dentro, al volante, había un hombre que coincidía con las señas de Dale Sims. Y ese hombre, en pijama, estaba muerto.

«Parece un accidente de tráfico» —concluía la nota que habían recibido los agentes especiales del F. B. I. Ellos se encargarían de comprobarlo.

El coche seguía donde decía la nota, con el motor empotrado en la parte baja de la farola, mientras el resto de esta había caído al suelo a consecuencia del encontronazo.

Dale Sims daba la sensación de que estuviese durmiendo, apoyada la cabeza en el volante.

—Seguramente venía a excesiva velocidad y se ha estrellado contra la farola —opinó uno de los policías.

Benton opinaba de distinto modo. Dale Sims no se había estrellado contra la farola por marchar a excesiva velocidad.

—Fíjate bien en eso —hizo que Hamm mirase el cadáver, señalándole las sienes.

Seguramente, Dale Sims estaba muerto cuando se estrelló contra la farola. Presentaba idénticas heridas que Stevenson y Brown: Las sienes agujereadas.

—¡Es verdad! —exclamó Hamm—. Ahora resulta que hay un cuarto hombre.

Eso era, exactamente, lo que ocurría. Existía un cuarto hombre, posiblemente el verdadero asesino de Stevenson, Brown y Sims. Pero ¿por qué había elegido a ellos tres como sus víctimas? ¿Por qué había ido asesinándoles sistemáticamente, uno a uno?

Tenía que ser alguien que odiase a los tres por igual, hasta el extremo de asesinarles. Alguien, tal vez, que guardaba viejas rencillas contra ellos.

Sería cosa de escarbar en la vida de Stevenson, Brown y Sims. Últimamente, se odiaban entre sí; pero ¿y antes? ¿No habían estado unidos durante años?

El agente especial Owen Benton dedicó especial atención a examinar los antecedentes policiales de Thomas Stevenson, Clifford Brown y Dale Sims. Todos ellos tenían unos expedientes voluminosos.

Tiempo atrás habían estado unidos en el floreciente negocio de los «cabarets» del sureste de Manhattan. Formaron una especie de trust o monopolio que impedía, por el expeditivo sistema de la violencia, que nadie les hiciese la competencia.

Pero no eran solos ellos tres quienes constituían la sociedad. En un principio, cuando las cosas empezaban a marcharles bien, había un cuarto hombre con los mismos derechos y los mismos deberes que Stevenson, Brown y Sims en la sociedad. Ese cuarto hombre era Ronnie Barker.

Ronnie Barker también tenía antecedentes policiales; pero, al lado de sus compañeros, resultaba el más honrado e inofensivo de los humanos.

El agente especial Benton fijó su atención en él. ¿Qué había sido de Ronnie Barker?

Después de múltiples indagaciones por los archivos policiales llegó a la conclusión de que el antiguo compañero de Stevenson, Brown y Sims hacía tiempo que no había sido detenido.

Más eso no quería decir que hubiese desaparecido del mundo de los vivos. Podría darse el caso que hubiera elegido el camino de la honradez y, por eso, no volvió a figurar en los archivos policiales.

No obstante, era cosa de hacer lo posible para encontrarle.

Owen Benton era tenaz y perseverante. Se hizo el propósito de dar con el desaparecido Ronnie Barker, aunque, en definitiva, no les

serviese para nada.

Ayudado por Hamm, se dedicó a recorrer todos los lugares donde Ronnie Barker vivió durante su amistad con Stevenson y los otros. Al parecer, era poco amigo de permanecer demasiado tiempo en la misma pensión.

Todo lo más que duraba en ellas, era un par de meses. Luego buscaba otra que le gustase o le conviniera más. Indagando en un lado y otro, llegaron a la conclusión de que Ronnie Barker hacía meses que abandonó su última pensión, una casa de viajeros situada en el noroeste de Bronx, en donde se perdía su pista.

Sin embargo, allí ya les informaron de algo que Benton consideró de la mayor importancia. Cada vez que Ronnie Barker abandonaba una pensión, liquidaba religiosamente sus cuentas. En aquella, por el contrario, dejó a deber unos doscientos dólares, y en su habitación, quedaron un par de maletas con sus ropas, una máquina de escribir portátil, la maquinilla eléctrica de afeitarse y otros efectos personales. Todo ello valía mucho más de los doscientos dólares a que se elevaba su cuenta.

La patrona, una mujer que recalcaba y repetía mucho las palabras como si quienes la escuchaban pecasen de torpes y de andar mal de oído, les explicó, con toda suerte de pormenores, los últimos instantes en que Ronnie Barker estuvo en su casa.

Para ella, Ronnie Barker era todo un caballero, alto, musculoso, de aspecto distinguido, amable y caritativo, «que dejó un gran vacío al marcharse de la pensión».

Según ella, se había ido por su propia voluntad, cosa que sintió grandemente.

Hamm y Benton sacaron la impresión de que la mujer aquella, una viuda de bastante buen ver, estaba enamorada de Ronnie Barker.

—El día veintiséis de julio —afirmó— a las seis de la tarde, me dijo que salía a dar un paseo y que volvería a comer.

Benton anotó la fecha en su «bloc» de notas, y prestó atención a las palabras de la viuda. Hamm bostezó y preguntó:

—¿Y qué pasó después?

—Que no volvió más.

Hamm y Benton cambiaron una mirada de inteligencia. ¿Qué le habría sucedido a Barker para que no volviese a pagar la cuenta de la pensión ni a recoger su equipaje?

Eso se salía de la rigidez de sus costumbres, echando un baldón sobre su limpia historia de honrado pupilo de las más variadas pensiones de la ciudad.

La viuda continuó explicándoles que cuantas gestiones había hecho para dar con el paradero de Ronnie Barker resultaron infructuosas. Aunque no le pagase la deuda pendiente, quería deshacerse del equipaje.

Ya que estaban allí, Benton aprovechó para echar una ojeada al equipaje de Barker. No había nada de particular en él. Ni un solo papel, ni una dirección que pudiese servirles para dar con su paradero. Únicamente, su fotografía, que si no la necesitaban por tener la del archivo policial, se la guardó en la cartera de todos modos.

Dejaron a la viuda que siguiera haciéndose a la idea de que cualquier día Ronnie Barker aparecería de nuevo por allí, y abandonaron la pensión formulándose las dos la misma pregunta.

¿A dónde habría ido a parar Ronnie Barker después de desaparecer de casa de la viuda? Posiblemente, Stevenson, Brown o Sims lo sabrían, pero ninguno de los tres podía contestarles ya.

En estadística, no aparecía fallecido ningún Ronnie Barker de las señas del que ellos buscaban. Y si vivía, ¿por qué se ocultaba? ¿Por qué no había vuelto a recoger su equipaje y a pagar la cuenta de la pensión?

—¿Qué crees tú que le ha ocurrido? —preguntó Benton a Hamm.

Este, como sabía tanto como él, se quitó el cigarrillo de los labios hizo un gesto despectivo con la boca y respondió:

—¿Qué quieres que te diga? Puede ser que haya ido a parar hace tiempo al infierno, donde seguramente se habrá reunido con sus antiguos socios.

Tampoco andaba descaminado. Cabía la posibilidad de que a Ronnie Barker le hubiesen asesinado y que a aquellas horas estuviera con una piedra atada al cuello en el fondo del East River, o enterrado a unos cuantos pies bajo tierra, en cuyo caso, tendrían que descartarle como el presunto asesino de Stevenson, Brown y Sims.

Benton y Hamm estaban, totalmente desorientados. Si el antiguo socio de los recientemente asesinados no era el asesino de ellos, ¿quién podría serlo?

Con Stevenson y Sims habían empleado, al parecer, el mismo sistema para deshacerse de ellos. Aguardarles escondido en sus respectivos coches y sorprenderles cuando iban conduciéndolo. A los dos, como a Brown, les habían matado golpeándoles en las sienes con un objeto de hierro o de acero de punta roma, según el dictamen del forense.

También el forense aseguró que el asesino debía poseer una fuerza excepcional para conseguir perforar los parietales a sus víctimas de un solo golpe, y con un instrumento que no parecía ser muy puntiagudo.

Lo extraño era que ni en el coche de Stevenson ni en el de Sims, así como tampoco en el despacho de Brown, habían encontrado huellas dactilares pertenecientes al asesino, ni ese extraño instrumento de punta más bien roma de la que el criminal se servía para deshacerse de sus víctimas.

Claro que tanto una cosa como otra estaban justificadas. El asesino tenía buen cuidado de evitar ir dejando a su paso sus impresiones digitales, y el instrumento de que se valía para cometer sus crímenes lo llevaría guardado entre sus ropas.

Una hora y veinticinco minutos se las pasó el agente especial Owen Benton dando vueltas en su cerebro a lo sucedido últimamente, sin conseguir apartar de su imaginación al desaparecido Ronnie Barker, mientras Donald Hamm, cansado de deambular por la ciudad de un lado para otro, dormitaba con los pies encima de la mesa de despacho de su compañero, sentado en un sillón y con la cabeza apoyada en el respaldo de este.

Tampoco conseguía apartar Benton de su imaginación la fecha en que Ronnie Barker abandonó la pensión de la viuda para no volver más por allí.

De pronto, se le ocurrió una idea. De un manotazo, obligó a Hamm a que quitase los pies de encima de la mesa, con lo cual este despertó sobresaltado y dijo, ante el asombro del pelirrojo agente especial:

—Vámonos, Hamm.

—¿A dónde quieres que vayamos ahora?

Benton le respondió con la más desconcertante de las contestaciones.

—Tenemos que ir a la Hemeroteca.

Hamm le miró con gesto de asombro. Iba a seguir preguntando; pero Benton le encasquetó el sombrero, le cogió por un brazo obligándole a abandonar el asiento, y añadió, burlón:

—Me encanta leer periódicos atrasados.

Hamm salió detrás de él, refunfuñando, sin comprender los motivos por los que tenían que ir a la Hemeroteca a aquellas horas y precisamente a leer periódicos atrasados.

Aún no habían llegado los empleados de la Hemeroteca. Sin embargo, el conserje les franqueó la entrada cuando se identificaron como agentes especiales del F. B. I...

Benton pidió un periódico: «El New York Times» del veintisiete de julio del año anterior.

Afortunadamente, el conserje sabía dónde estaba archivado el «New York Times» que le pedían. Volvió a poco con un grueso volumen, cuidadosamente encuadernado.

—Aquí tiene todo el mes de julio —dijo.

Benton le arrebató el volumen de las manos, y colocándolo sobre una de las mesas destinadas a los lectores, se dedicó a pasar hojas.

Hamm no acababa de comprender para qué habían tenido que ir a la Hemeroteca y precisamente para ver el volumen correspondiente al mes de julio del año anterior, del «New York Times».

Se lo preguntó a su compañero, pero este, enfrascado en la lectura de la sección de sucesos, no hizo caso de sus preguntas.

El conserje, arrellanado en una silla, les dejaba hacer...

VII

D

ALE Sims tardó en darse cuenta de que no iba solo en el coche. Estaba bastante ofuscado con la precipitada salida de su casa y no se encontraba en condiciones de razonar.

Por lo pronto, al ver la cara del hombre aquel reflejada en el espejo retrovisor, creyó que veía visiones o que el inesperado viajero era producto de su imaginación.

No hizo más que pasarse el cigarrillo de la comisura derecha de la boca a la izquierda y continuó fumando. Sin embargo, aún a riesgo de romperse la cabeza si perdía la dirección, volvió a mirar con excesiva frecuencia al espejo retrovisor.

Sí, allí continuaba reflejada la cara del hombre, sus ojos, su sonrisa. No podía ser producto de su imaginación, y menos aún creyó que lo fuese cuando el otro salió de su mutismo para decirle:

—Hola, Sims. No, no vuelvas la cabeza, no vayamos a estrellarnos. Sigue fumando tranquilamente. Tenemos tiempo de hablar.

¿Tiempo de hablar? A Sims se le hizo más frío el sudor. Hasta tiritones le entraron.

—¿Qué haces aquí? —dijo—. Yo creía que tú...

—No creas nada, Sims. En esta vida, muchas veces nos engañamos nosotros mismos. ¿Qué hace? Ten cuidado, atiende al volante. Te parecerá un poco extraña mi presentación. He podido subir a tu piso, en lugar de esperarte en el coche; pero he preferido hacerlo aquí. Arriba está tu mujer y no quiero que haya testigos cuando hablemos de negocios.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Lo mismo dijo Stevenson cuando se encontró conmigo en su automóvil, y ya ves lo que le ha sucedido por obstinado.

—¿Qué le ha sucedido? —a Sims se le atragantaban las palabras.

Tardó el otro en contestar, como si pretendiera que sus palabras hicieran mayor efecto en Sims.

—Lo mejor que podría sucederle —aclaró al fin—. Ha muerto.

Por la espina dorsal de Sims corrió todo el frío de sus temores.

—Le has matado tú —graznó.

Eludiendo el otro su pregunta, dijo:

—Llámallo como quieras, Sims. Algo por el estilo me dijo Brown cuando fui a visitarle. Creo que me llamó asesino, y al igual que Stevenson, se negó a que hablásemos de negocios. Hicieron mal. Si hubieran hecho caso de mis proposiciones, a estas horas vivirían aún. Pero, ¿qué haces, Sims, que no fumas? ¿Recuerdas el día aquel...?

Dale Sims recordaba el día a que aludía el otro. También al igual que Stevenson y Brown, volvía a vivirlo imaginariamente. Recordaba a Stevenson burlón y cruel repitiendo: «Fuma y... muere». A Brown, obligando al que habían condenado a morir a que fumase, y a él mismo, sujetando a su víctima las manos a la espalda para impedirle que pudiera defenderse.

—¿Qué quieres? —gritó, de pronto—. ¿Para qué has venido a buscarme?

—Ya te lo he dicho. Tengo que hablar de negocios contigo. Seremos socios nuevamente. El «Club Plater» no marcha mal ahora que Stevenson y Brown no pueden hacerte la competencia, te harás el amo de todo. Mejor dicho, nos haremos los amos.

Instintivamente, Sims volvió a mirarle por el retrovisor. Hasta entonces, no se había fijado que tenía las manos en los bolsillos. Al igual que Stevenson y Brown, pensó que empuñaba un arma con la que dispararía contra él de un momento a otro.

Mentía al decirle que había ido en su busca para hablar de negocios. Mentía al asegurar que Stevenson y Brown habían muerto. Solo le había llevado hasta él un sentimiento de venganza.

¡Lástima que hubiese tenido que escapar en pijama dejándose la pistola en casa!

El cerebro de Dale Sims era una fábrica de ideas y pensamientos a cual más dispares y descabellados. Indudablemente, tenía mala suerte. Después de escapar de los agentes especiales, o lo que fuesen, que iban en su busca haciéndose pasar por amigos suyos, había ido a caer en la trampa que le tenía tendida el inesperado e indeseable viajero que llevaba a su espalda.

—Cuidado con el volante —insistió este, de nuevo.

Menos mal que, a aquellas horas, pasaban pocos o ningún coche por Avenue Park. De otro modo, haría rato que se hubiesen estrellado contra alguno.

El viajero no pudo ver la sonrisa que afloró repentinamente a los labios de Sims. Acababa de ocurrírsele una idea que estimó como la más acertada para sacarle del atolladero en que se encontraba. Tiempo atrás, pudo comprobar cómo un amigo suyo, que conducía

su automóvil a una velocidad bastante respetable, quedó viudo voluntariamente, cobró la póliza del seguro de su esposa, y nadie se metió con él, simplemente porque se le ocurrió estrellarse contra una farola, después de cogerse al volante con todas sus fuerzas, y aguantar el encontronazo echando el cuerpo hacia atrás todo lo que pudo.

Quien o aguantó el encontronazo fue la mujer, que metió la cabeza por el cristal del parabrisas. Algo por el estilo se propuso Sims que ocurriera con su acompañante. Clavó los tacones en el suelo del vehículo, echó el cuerpo hacia atrás y cogiéndose al volante con las dos manos y con todas sus fuerzas para contrarrestar la violencia del choque, dirigió el automóvil en dirección a la farola más próxima.

—¡Cuidado, Sims! —gritó el otro—. ¿Te has vuelto loco?

La farola pareció venírseles encima. Todo sucedió en unos segundos. El coche quedó empotrado en la farola y Sims, que había aguantado perfectamente el encontronazo, levantó los ojos y miró por el retrovisor.

Su acompañante ya no tenía las manos en los bolsillos. Solo que no le había sucedido lo que a la mujer de su amigo. Aparte de que el parabrisas estaba demasiado lejos para que hubiese ido a meter la cabeza por él, el choque no había sido excesivamente violento.

Tal vez estuviese herido, pero Sims no lo vio. Únicamente, vio lo que se le venía encima. Antes de que pudiese gritar o defenderse, ya lo habían golpeado.

Cayó hacia adelante y quedó con la cabeza apoyada en el volante, colgándole los brazos en el aire.

El otro abandonó el coche precipitadamente. Nadie había visto lo sucedido, solo un perro, que aulló lastimero y trató de morderle al pasar corriendo por su lado.

El hombre, que se había hecho daño en una rodilla e iba cojeando, lo hizo huir a puntapiés.

* * *

Hay a quienes les entusiasma leer la sección de sucesos de los diarios. Espíritus morbosos para quienes los crímenes, las estafas, los robos y toda la variada gama de delitos constituye una especie de malsano alimento cerebral.

Muchos periódicos subsisten gracias a esa legión de devoradores de noticias sensacionales, y muchos periodistas, también logran celebridad y dinero merced a la propensión que sienten algunos a

rebañarle el cuello a sus semejantes, a vaciar las cajas fuertes de los bancos o a engañar a ingenuos prometiéndoles tesoros inexistentes.

Claro que si el agente especial Owen Benton se dedicaba a releer, con visible entusiasmo, la sección de sucesos, bastante extensa por cierto, del «New York Times» del día veintisiete de julio, no se debía a morbosa curiosidad.

Desgraciadamente, el delito lo palpaba a diario, sin tener que apelar al recurso de los periódicos para enterarse de crímenes y robos.

A los asesinos, los veía en persona, hombres como él, que mataban por infinitas causas o que robaban por necesidad, por ambición o por vicio.

—¿Qué buscas? —volvió a preguntarle el otro agente especial. Donald Hamm, intrigado.

—No lo sé exactamente. Si Ronnie Barker desapareció de la pensión el día veintidós de julio, pudiera ser que la prensa del, veintisiete trajera alguna noticia que nos condujese a averiguar qué le sucedió.

—Llevas razón —admitió Hamm—. La verdad, no se me había ocurrido. ¿Encuentras algo?

—No; nada relacionado directamente con Ronnie Barker. Sin embargo, aquí tenemos tres cosas: un hombre muerto a puñaladas en la calle catorce; otro muerto también al caerse por el hueco del ascensor en Heiser Street, y, por último, un tercero, herido grave al ser arrollado por el tren. En ninguno de los tres, figura el nombre. ¿Por qué no pudiera ser alguno de ellos Ronnie Barker?

—Si es alguno de los dos primeros, nada adelantaremos con comprobarlo. Si ha muerto, no puede haber sido el asesino de sus antiguos socios.

—En efecto —Benton interrumpió a Hamm—: Si ha muerto, únicamente nos servirá para descartarle como presunto asesino de Stevenson, Brown y Sims. Pero, ¿y si es el tercero?

A esto, ya nada tuvo que objetar el pelirrojo. Benton cerró el volumen y devolviéndoselo al conserje, luego de darle las gracias, abandonó la Hemeroteca, llevando a su compañero pegado a sus talones.

Sin decir palabra, subieron al coche y emprendieron la marcha. Nueva York aparecía enojado con la alegría luminosa de la mañana; pero ellos tenían mucho que hacer para prestar atención a nada de cuanto les rodeaba.

Únicamente, Hamm, al consultar el reloj de cuando en cuando, pensaba en la rubia Lynda.

Las cosas se habían complicado de tal modo que, al final, le sería imposible ir a visitarla a la hora convenida.

Primero realizaron las gestiones pertinentes para enterarse de quién era el hombre muerto a puñaladas en la calle Catorce. Resultó ser un borrachín, indocumentado, a quién sus familiares reconocieron al día siguiente en la Morgue. Nada tenía que ver con Ronnie Barker. Aunque nadie lo identificó, sus características personales no coincidían, en absoluto, con el antiguo y desaparecido socio de Stevenson, Brown y Sims. Le sobrepasaba lo menos veinte años de edad y, en cambio, tenía tres palmos menos de estatura que el que buscaban.

En lo referente al tercero, aunque nadie le identificó, en principio, por carecer de documentación, cuando recobró el conocimiento, dijo que se llamaba Benjamín Turner, y que estaba de paso en Nueva York, camino de Nebraska.

Permaneció varios meses en el hospital, marchándose después una vez curado de sus heridas.

—Tampoco es ese —afirmó Hamm.

—Espera —Benton estaba leyendo detenidamente la ficha del tal Benjamín Turner.

Daba la casualidad de que su estatura, su complexión física, el color de su pelo y de sus ojos, así como su edad, eran exactamente iguales a los datos que ellos poseían de Ronnie Barker.

—Tenemos que ir al hospital donde estuvo ese Benjamín Turner —decidió.

Tampoco esta vez opuso Hamm la menor objeción. Los datos que tenían de Turner los consiguieron en el puesto de policía más próximo al lugar donde le encontraron herido; pero ninguno de los policías recordaba haber estado de servicio aquel día.

En el hospital, en cambio, sí que encontrarían quien recordase a Benjamín Turner.

Les recibió el director, un hombre gordo embutido en una larga bata blanca, quien enseguida tiró de fichas. Sacó el expediente de Benjamín Turner, lo examinó por encima, y dijo:

—Este enfermo estuvo casi todo el tiempo a cargo de la señorita Spring. La llamaremos para que baje.

La señorita Spring, a pesar de su primaveral apellido, era una mujer entrada en años, regordeta y de ojos tristes y mortecinos. Al ver la fotografía que el agente especial Benton le puso delante de las narices nada más entrar en el despacho del director, exclamó:

—¡Oh! Si es el señor Turner. ¿Qué ha sido de él? ¡Qué hombre más encantador!

—¿Está segura de que es Benjamín Turner?

Se revolvió ofendida al oír la pregunta del pelirrojo Hamm.

—Oiga, joven —gritó—. Sé muy bien lo que digo. ¿Cómo quiere que no conozca al señor Turner después de haberle tenido cinco meso a mi cuidado? ¡Lástima que le ocurriese tan gran desgracia!

—Gracias, señorita —Benton le arrebató la fotografía de Ronnie Barker de las manos—. Nos ha prestado un gran servicio. Y usted también, señor director.

El director del hospital y la enfermera se quedaron mirándose extrañados por las prisas con que los agentes especiales abandonaron el despacho.

—¿Usted lo entiende? —dijo la enfermera.

—Ni lo entiendo ni me importa. Señorita Spring, vuelva a su trabajo.

La señorita Spring abandonó el despacho del director atusándose los rebeldes y foscos pelos que le salían por debajo de la blanca cofia. Le hubiese gustado quedarse con la fotografía del apuesto Ronnie Barker, por otro nombre Benjamín Turner...

Sin embargo, los agentes especiales esperaban que aún le sirviese para mucho aquel retrato. Tenían que comprobar si existían antecedentes del pasado de Benjamín Turner por los hoteles o pensiones de la ciudad.

Ahora que sabían que Ronnie Barker había cambiado su antiguo y verdadero nombre por el de Benjamín Turner, a quién tenían que buscar era a este y no a otro, aunque los dos fuesen uno mismo. La fotografía les serviría para estimular la memoria de quienes pudiesen dudar.

Incansables, pidieron antecedentes relacionados con Benjamín Turner en la sección de Hospedajes. Allí estaban las hojas que atestiguaban su paso por distintas pensiones desde su salida del hospital. Continuaba con su inveterada costumbre de cambiar constantemente de alojamiento.

Mal debía de irle en la vida. Las pensiones donde se alojaba ahora eran de la más ínfima categoría. Lugares inmundos a dónde solo acudían los desgraciados y los miserables.

No sería difícil dar con él. La última pensión donde figuraba alojado era el pomposamente denominado «Hotel Peláez», un edificio de tres muros, habitaciones impregnadas del insoportable olor de una humanidad reñida con el agua y el jabón, y un propietario, Sebastián Peláez, por más señas, oriundo de Veracruz, con dos asesinatos, tres robos con escalamiento y nocturnidad, dieciocho estafas y un sin fin de delitos menores sobre su

conciencia, de los que solo había pagado tres de ellos con quince años de cárcel, quedándole los otros como una cuenta pendiente con la justicia, de la cual no estaba dispuesto a pagar ni un solo día más de encierro.

El tal Peláez, según decía él, se había regenerado, y debía ser verdad, por cuanto recibió a los agentes especiales, Benton y Hamm, con la misma sonrisa y amabilidad que si se hubiese tratado de un par de seráficos arcángeles enviados a él para su salvación eterna.

—¿Benjamín Turner? —exclamó—. Claro que está alojado aquí. Un buen chico. Serio, formal y honrado —nadie le había pedido su opinión—. Ocupa la habitación veinticinco.

Como es natural, Benton y Hamm subieron a la habitación veinticinco, llamaron a la puerta dos veces con los nudillos y como a la tercera vez, Ronnie Barker, por otro nombre Benjamín Turner, no les abriese, abrieron ellos la puerta de un puntapié y entraron en la habitación. El antiguo socio de Stevenson, Brown y Sims se había esfumado.

El tal Peláez se extrañó de que su huésped no estuviese en la habitación. Rara vez salía de ella.

—No lo comprendo —comentó—. Aunque, ahora que recuerdo, anoche le vi salir.

—¿Y no ha vuelto?

Lo ignoraba. Quien podía saberlo era el conserje de noche, y el conserje de noche, un vejete gruñón, de mirada traicionera y morros de choto, aseguró que Benjamín Turner no había aparecido por allí en toda la noche, lo cual contribuyó a afirmarse a los agentes especiales en la creencia de que había sido él el asesino de sus antiguos compañeros y socios.

En ese caso, podrían hacer dos cosas: una de ellas, marcharse a dormir tranquilamente y aguardar a que, cursada la orden de detención contra el asesino, lo detuviese por ahí cualquier policía que se lo tropezase en su camino, o esperar a ver si volvía por allí.

Benton se decidió por la segunda de las dos soluciones.

—Esperaremos aquí —dijo.

Hamm puso mala cara. Consultó su reloj. Era el medio día, tenía un hambre atroz y un sueño insoportable; pero qué otra cosa podría hacer más que continuar el servicio.

—¿Y tú crees que el pájaro volverá a la jaula? —preguntó.

—No lo sé. Sin embargo, es posible que vuelva. Nuestro buen amigo Ronnie Barker no parece muy sobrado de dinero para abandonar su equipaje. Además, tengo la impresión de que ni

siquiera sospecha que andamos siguiéndole los pasos.

Llevaba razón, Ronnie Barker no sospechaba que el F. B. I. hubiese descubierto su identidad. Ni Stevenson, ni Brown, ni Sims sabían que vivía hasta que se les presentó de improviso.

Los tres le daban por muerto, Fue una fea jugada la que hicieron con él. Les estorbaba para llevar a cabo sus proyectos de conseguir el monopolio de los «cabarets» de la zona sureste de Manhattan.

Ronnie Barker no era más que un ladrón, y de ahí no pasaba. Sentía un desprecio absoluto por la propiedad ajena, y un gran respeto hacia las vidas de sus semejantes.

Stevenson, Brown y Sims propusieron asesinar al hombre que monopolizaba los «cabarets» de la zona sureste de Manhattan, a lo que él se opuso. Hubo una discusión violenta entre los cuatro, se pelearon y como iban los tres contra él, al final consiguieron dominarle.

Decidieron eliminarle. En adelante, si no lo hacían así, podría convertirse en un peligroso enemigo para ellos. Le metieron en un coche y se lo llevaron al lugar aquel donde, antes de arrojarle por el barranco, le hicieron fumar un cigarrillo.

Fue idea de Stevenson. Tal vez cambiase de opinión y se decidiera a colaborar en el asesinato del hombre que monopolizaba los «cabarets» del sudeste de Manhattan. Le dieron de plazo para pensarlo, el tiempo que tardara en fumarse el cigarrillo; pero Ronnie Barker se negó a obedecerles. Le empujaron y cayó rodando por el talud. Por abajo, pasaba el tren.

Ni siquiera se molestaron en comprobar dónde había caído. Un tren avanzaba veloz hacia allí. Ronnie Barker no tendría tiempo de escapar, en el supuesto de que hubiese quedado en condiciones de hacerlo. Oyeron cómo el tren pasaba sin detenerse y un grito que repercutió en el silencio de la noche.

Después, ya no pensaron más en Ronnie Barker. El hombre que monopolizaba los «cabarets» del sudeste de Manhattan desapareció un buen día sin dejar rastro. Stevenson, Brown y Sims sabían adónde había ido a parar, pero, claro está, no se molestaron en decírselo a nadie y menos a la Policía.

Desde aquel día, Stevenson, Brown y Sims se convirtieron en los dueños y señores de los cabarets del sudeste de Manhattan. Incluso llegaron a olvidarse de Ronnie Barker...

En cambio, Ronnie Barker no les había olvidado a ellos.

El agente especial Owen Benton se figuraba lo ocurrido. El sistemático asesino de Stevenson, Brown y Sims no podía ser otra cosa más que un «ajuste de cuentas». Ronnie Barker volvería por su

habitación del «Hotel Peláez», aunque no fuera más que para retirar su equipaje.

Después de aleccionar al propietario del hotel en el sentido de que ni él ni nadie se fuera de la lengua para avisar al supuesto Benjamín Turner de que tenía una visita inesperada en su habitación, cerraron la puerta de esta y tomaron posiciones para esperar lo más cómodamente posible la llegada del ex socio de Stevenson, Brown y Sims.

Benton se sentó en la única silla que había allí, y Hamm tomó posesión de la cama. Empezó sentándose en el borde de la misma y fumando un cigarrillo. Luego, como Ronnie Barker tardase en llegar, se acostó boca arriba, apoyando la cabeza en la almohada y mirando al techo.

A pesar de toda su voluntad en evitar dominarse, cerró los ojos y se puso a pensar en la rubia Lynda, que esperaba su visita aquella tarde.

Y pensando en la chica, el cansancio y el sueño acabaron vencién­dole. Benton le dejó que durmiera, incluso cuando, sonando las cuatro en el vetusto reloj de pared que Peláez tenía en el vestíbulo de su hotel, oyó pasos acercándose a la habitación veinticinco que ellos ocupaban ocasionalmente.

¿Sería Ronnie Barker el que adelantaba por el pasillo? La duda le puso los nervios en tensión. Poniéndose en pie de un salto, espero a ver qué sucedía. El que andaba por el pasillo, se detuvo junto a la puerta de la habitación. Benton pensó que la abriría y entraría.

Pero no, no era Ronnie Barker. Inmediatamente, volvió a reanudarse el ruido de pisadas por fuera. El que andaba por allí, continuó adelante. Benton escuchó un estruendoso portazo.

Luego, todo quedó nuevamente en silencio. Benton ocupó por segunda vez la silla y encendió un cigarrillo.

Afortunadamente, Hamm no roncaba. En caso contrario, habría tenido que despertarle por si venía Ronnie Barker y le oía desde fuera.

Empezaba a cansarse de la espera. ¿No estarían perdiendo el tiempo allí, mientras el asesino de Stevenson, Brown y Sims escapaba?

Porque ahora estaba seguro de que nadie más que Ronnie Barker podía ser el asesino de sus antiguos socios. También sabía con certeza cómo y con qué los había matado. No había empleado una barra de hierro para hacerlo, sino...

Un nuevo rumor de pasos llamó su atención, y otra vez saltó de la silla y se colocó de forma que si Ronnie Barker entraba en la

habitación no le viese inmediatamente.

El que venía por el pasillo no parecía traer mucha prisa. Tardó en llegar junto a la puerta de la habitación veinticinco, y allí se detuvo. Benton le oyó andar en el pestillo.

Luego, abrió la puerta lentamente. Entró en la habitación y encendió la luz, cerrando la puerta a su espalda.

Al ver al agente especial Benton en pie, y a Hamm durmiendo en su cama, retrocedió, alarmado, y preguntó:

—¿Qué hacen aquí? Esta es mi habitación.

—Ya sabemos que esta es tu habitación, como también sabemos que eres Ronnie Barker —Benton, junto a la cama, le observaba de arriba abajo, con fijeza.

Era el mismo hombre de la fotografía que tenía en el bolsillo, el ex socio de Stevenson, Brown y Sims.

El otro negó:

—¿Ronnie Barker? No le conozco. Me llamo Benjamín Turner y puedo demostrarlo.

—No hace falta que intentes demostrar lo que no es cierto. Aquí tienes tu retrato. Es del tiempo en que eras gran amigo de Stevenson, Brown y Sims —el agente especial sacó la fotografía y se la alargó.

Ronnie Barker no hizo intención de cogerla. Hizo un gesto de indiferencia o de desprecio y continuó como estaba, con las manos en los bolsillos.

Benton no se alarmó porque mantuviese esa actitud. Sabía por qué continuaba así.

—No me interesa —dijo Barker—. Ya le he dicho quién soy. A ese Ronnie Barker no le he visto en mi vida. Pueden largarse cuando quieran. Estoy cansado y quiero acostarme.

—¿Y a Thomas Stevenson, Clifford Brown y Dale Sims, les conoces? Mejor dicho, ¿les conocías?

Ronnie Barker palideció, y respondió, levantando la voz:

—Tampoco he oído hablar de ellos en mi vida.

Benton, sin hacer caso de su contestación, continuó:

—Les han asesinado a los tres en el curso de unas horas, y sé quién lo ha hecho y cómo lo ha hecho.

—Nada tengo que ver con ello —Ronnie Barker apoyaba la espalda en la puerta.

Benton, imperturbable, prosiguió:

—Al principio, pensamos que les habían asesinado clavándoles una barra de hierro o de acero en las sienes; pero he llegado al convencimiento de que esto no puede ser. En todo caso, les habrían

clavado dos barras idénticas, a un mismo tiempo y a una misma altura en ambas sienes, y nadie iba a entretenerse en hacerlo así, y menos a los tres por igual. Es difícil que un asesino repita sus crímenes con idénticas características, a no ser que existan poderosas razones que le obliguen a hacerlo.

—¿Y a mí qué me cuenta con todo eso?

—¿Contarte? No te cuento nada, no hago más que explicarte a las consecuencias que he llega de después de examinar los cadáveres de Stevenson, Brown y Sims. Todos ellos tienen idénticos agujeros en las sienes, los tres han muerto podríamos decir fulminantemente. Ronnie Barker, ¿por qué no me enseñas las manos?

Después esta pregunta, hecha inesperadamente por el agente especial, los labios de Barker se fruncieron en un gesto indefinible.

—¿Para qué quiere ver mis manos? —dijo, con voz ronca.

—Es un capricho.

—¿Un capricho? Mírelas.

Brusca e inesperadamente, saltó hacia adelante, sorprendiendo al agente especial, que no esperaba semejante reacción en él.

No tuvo tiempo de repeler la acometida. Solo, para esquivar el golpe que le iba dirigido a la cabeza, a las sienes. En cambio, lo recibió en un hombro. Fue tan brutal e inesperado que medio perdió el conocimiento. Se defendió débilmente, golpeando a su contrario en el estómago con el puño.

Este volvió al ataque, cuando todavía Benton no se encontraba en condiciones de defenderse debidamente. No pensaba en otra cosa que en evitar que Barker le golpease en las sienes. Si lo conseguía, terminaría como Stevenson, Brown y Sims habían terminado.

Otro directo a la mandíbula de Barker frenó, momentáneamente, sus ímpetus, aunque, después, solo sirvió para enfurecerle más.

Sin embargo, la mala suerte parecía acompañar a Benton. Al retroceder, tropezó con la alfombra y cayó de espaldas, arrastrando la desvencijada mesilla de noche en la caída.

Barker aprovechó la ocasión que se le presentaba de quitarse de en medio tan importante estorbo y se dispuso a hacer con él exactamente lo que había hecho con sus ex socios.

Levantó los brazos sobre su cabeza para descargar el golpe con los dos al mismo tiempo. Benton trataba de incorporarse para repeler la agresión...

Hamm, con sueño atrasado, acababa de despertarse al estruendo

que hizo su compañero al derribar la mesilla de noche. Abrió los ojos y lo primero que vio fue a un tipo alto y delgado que tenía los brazos levantados en actitud bastante sospechosa. Luego, vio a Benton en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y haciendo inauditos esfuerzos para levantarse.

Lo que más le extrañó a Hamm fueron las manos del desconocido, aunque en realidad no eran manos lo que tenía. Insensiblemente lo relacionó con Stevenson, Brown y Sims y llegó a la consecuencia de que si no se daba prisa a intervenir en auxilio de Benton, este terminaría con un par de agujeros en las sienes tan profundos como para dejarle sin vida inmediatamente.

Por eso, ni siquiera se entretuvo en levantarse de la cama. En la misma posición en que se encontraba, afianzó los codos en el delgado y duro colchón e imprimió a sus piernas un violento impulso hacia lo alto y a la izquierda.

A su izquierda, estaba Ronnie Barker, quien inesperadamente y cuando se disponía a convertir al agente especial Benton en su cuarta víctima, recibió en la barbilla el puntapié con que Hamm le obsequió.

El efecto fue fulminante. Ronnie Barker soltó un bufido y retrocedió dando tumbos hasta la misma puerta de la habitación, igual que si en lugar de recibir un puntapié de hombre hubiese recibido una soberbia coz de equino.

Donald Hamm, aparte de tener un pie de respetable tamaño, usaba unos zapatos gruesos y fuertes, capaces no ya de romperle la mandíbula a un tipo como Ronnie Barker, sino incluso de dejar fuera de combate a un hipopótamo con solo acariciarle el hocico con ellos.

Barker se desplomó sin conocimiento.

—Arriba, Benton —dijo Hamm, retozándole la alegría por el cuerpo y ayudando a levantarse, a su compañero—. ¿Conque ese es nuestro buen Ronnie Barker? No dirás que no he despertado a tiempo.

Benton no decía nada. Indudablemente, Hamm había despertado bien a tiempo, aunque mejor hubiese sido que hubiera permanecido despierto.

Como las esposas no les servían para nada en aquel caso, Hamm, prudentemente y antes de que Ronnie Barker recobrase el conocimiento, le ató sólidamente los brazos a la espalda, empleando para ello su cinturón.

Después, en entretuvo en rociarle la cara con agua. Al recobrar el sentido, Barker les miró ceñudo; mas poco a poco fue recobrando

su gesto habitual.

—Creo que me he vuelto loco —dijo.

—De remate —afirmó Hamm.

Como si no le hubiese oído, Ronnie Barker continuó hablando. Necesitaba que los demás supieran lo que pasaba en su alma.

—Sí, me he vuelto loco —repitió—. Si no, no hubiese hecho lo que he hecho. Me crean o no, les diré que nunca había pensado en asesinar a Stevenson, Brown y Sims. Ellos tuvieron la culpa de que lo hiciera, y mis manos... bueno, mis manos no, esto tan horrible que tengo por manos —guardó silencio un instante, y pidió—: Tengo sed, denme agua.

—Dásela —Benton, sentado en la silla, frente a él, le escuchaba en silencio.

Comprendía lo que había tenido que sufrir el hombre aquel, su inmenso e irremediable dolor de mutilado.

Hamm trajo un vaso de agua y se lo puso a Barker en los labios, ayudándole a beber. Se lo bebió de un trago. Luego, prosiguió su confesión, una confesión que nadie le había pedido.

—Mejor hubiese sido que me hubieran matado aquel día. Pero tuve la desgracia de caer al lado de la vía, y el tren me seccionó las muñecas. Unos hombres que pasaron por allí a los pocos instantes me llevaron al hospital. En lugar de mis manos, me pusieron estos horribles ganchos...

Sin darse cuenta de que tenía los brazos atados a la espalda, quiso enseñarle los muñones rematados por los garfios de acero con que habían sustituido sus manos.

—Que te han servido para asesinar a tus antiguos amigos —opinó Hamm.

—Sí —asintió Barker—. Yo los he matado; pero no pensaba hacerlo. Siempre he odiado la violencia. Por eso, quisieron asesinarme ellos, arrojándome a la vía —tragó saliva y continuó—. Mutilado como estoy, no sirvo para nada, ni siquiera para robar. Decidí ver a mis antiguos socios...

—Para enviarles al otro mundo, ¿no es eso? —Hamm, sentado en el borde de la cama, mascaba una pastilla de chicle.

Movió Barker la cabeza tristemente, en sentido negativo y repitió:

—Ya le he dicho que no pensaba matarles. Solo quería que me ayudasen, que me devolvieran lo que me habían arrebatado. Se negaron a hacerlo y no pude contenerme...

—Muy bien, muchacho, eso te honra —Hamm se burlaba de él—. Bonita manera de querer recuperar lo que es de uno. Yo en tu

lugar...

—Usted, en mi lugar y, tal vez hubiese hecho lo mismo que yo — le interrumpió Barker, levantando la voz—. ¡Qué sabe nadie lo que significa encontrarse mutilado de repente, convertido en un ser inútil! Fueron ellos los culpables, pero no les odiaba por eso. Créame, jamás pensé en vengarme.

—Pero te has vengado —Hamm arrojó el chicle contra la pared.

Barker pareció anonadado un instante por sus recuerdos, y por la acusación que acababa de hacerle. Luego levantó la cabeza y miró a Hamm, largamente, como implorándole comprensión.

—Me hubiesen matado de no haberme adelantado a defender mi vida. Yo, ya sé, no me creen. He cometido una torpeza al intentar seguir matando hace un instante. Ustedes no saben lo que es sentirse culpable, el temor a perder la libertad y la vida, aunque la vida sea tan miserable y desgraciada como la mía...

Hamm dejó de sonreír. Había algo profundamente patético y real en el tono de voz de aquel hombre. Ya no podía ver en él solo un asesino, era un hombre con todos los defectos y todas las virtudes de los hombres. Instintivamente, sin darse cuenta de lo que hacía, se le acercó y le ayudó a incorporarse. Luego le preguntó:

—¿Quieres más agua o... un cigarrillo? —y sin esperar su respuesta, añadió—: Ven, te dejaré los brazos libres...

—No —protestó Barker—. Así estoy bien. Prefiero no verme esos malditos ganchos. Lléneme a dónde sea. Pero esperen, en este bolsillo tengo el dinero, mis últimos dólares. Debo pagar la cuenta de la pensión...

Minutos después, bajaban por la crujiente escalera del «Hotel Peláez». El hotelero puso cara de circunstancias, al tiempo que, desconfiado, enseñaba a su cliente la cuenta del hospedaje...

—Denle ese dinero, ¿quieren?

El mismo Hamm alargó unos cuantos billetes al hotelero; pero ninguno de ellos se entretuvo en recoger la cuenta. ¿Para qué? Ronnie Barker, en adelante, tendría, durante muchos años, pensión completa gratis. Ya no necesitaba equipaje ni cambiar de hospedaje. Hamm le tomó por un brazo y dijo:

—Andando.

Benton se puso al volante del automóvil. Ronnie Barker iba murmurando:

—Yo no quería hacerlo.

Llevaba la cabeza hundida en el pecho y los ojos húmedos. Los garfios que le servían de manos arañaban el respaldo del asiento del automóvil, pero él no se daba cuenta de ello.

Benton pisó el acelerador...

EPÍLOGO

—¡Diablos! —exclamó el agente especial Donald Hamm—. Al final voy a llegar tarde.

Faltaban, exactamente, quince minutos para que diesen las cinco de la tarde, y la calle donde vivía la rubia Lynda estaba lo bastante lejos de la Seccional del F. B. I. como para que el agente especial perdiese la ocasión de charlar amigablemente con la despampanante rubia.

Por eso, saltó del automóvil a la puerta de la Seccional y dijo a Benton:

—Bueno, ya no te hago falta. Volveré más tarde, para firmar las diligencias —y sin esperar a que le diese su asentimiento, emprendió la carrera hasta el primer aparcamiento de coches de alquiler.

En el primero que encontró al paso, se metió de cabeza, y dio la dirección de la rubia Lynda al conductor, a voces, añadiendo:

—A prisa, tengo que estar allí antes de las cinco.

Afortunadamente, en Nueva York, los conductores pueden pisar a fondo el acelerador sin temor a incurrir en faltas de tráfico, siempre y cuando no sobrepasen el máximo de velocidad permitida.

Afortunadamente también, las calles por las que tenían que ir para llegar a casa de la rubia, no eran de las de mayor tráfico, y el conductor del «taxi» pudo alcanzar el límite máximo de velocidad permitido, sin sobrepasarlo, con toda tranquilidad.

A las cinco en punto, Donald Hamm, agente especial del F. B. I. y enamoradozito pelirrojo, salía disparado del automóvil, después de dejar en la mano del conductor unos cuantos billetes y emprendía una ascensión vertiginosa por las escaleras que conducían al coquetón pisito de la rubia Lynda.

Un largo timbrazo anunció su llegada. Con saliva, se atusó los rebeldes pelos de las sienes, mientras esperaba que saliesen a abrirle.

Impaciente, repitió la llamada. Luego, unas pisadas por dentro, suaves, que se detuvieron al llegar a la puerta. Hamm se estiró, comprendiendo que estaban observándole por la mirilla, y volvió a atusarse los pelos de las sienes con los dedos humedecidos de saliva.

A poco, el leve ruido del descorrer del cerrojo, y Lynda,

apoteósicamente maravillosa, entre tules y encajes, como escapada de un fantástico «ballet», apareció en el umbral.

—Hola, encanto —saludó Hamm.

—¿Eres tú, cariño?

Lo de «cariño» le sonó al agente especial un tanto a falso, pero no le concedió la menor importancia.

—¿Puedo pasar? —dijo.

—Claro que puedes pasar. Temía que no vinieses.

—Yo también lo temía, puedes creerme.

Entró y la rubia cerró la puerta. Después, cogiéndole del brazo, lo condujo al interior del piso.

—¿Quieres beber algo?

—Estupendo, tengo la garganta seca.

No mentía. La proximidad de la chica le reseca la garganta. Se bebió un vaso de «whisky» de un trago. Ella, para no ser menos, hizo otro tanto.

Y como no sabía por dónde empezar la conversación, Hamm dijo:

—Ya hemos detenido al asesino de Stevenson.

—¿Sí? —la chica, ocupada en poner el tocadiscos en funcionamiento, no pareció que hiciese demasiado aprecio de la noticia. En cambio, al sonar los primeros compases de esa composición que llaman «Estremécete», de un ritmo bastante movidito, empezó a seguir la música con los pies.

Hamm, claro, comprendió que aquel no era el mejor momento para hablar de muertos ni de asesinos; se echó al colete otro vaso de «whisky», y levantándose del asiento, la cogió por la cintura y dijo:

—Vamos a ver qué tal bailas, encanto.

Y la rubia Lynda, tules y encajes, hecha toda ella una sonrisa encantadora, dejó que Donald Hamm la cogiese por la cintura dejándose llevar, dando vueltas por la habitación, al ritmo alocado de la música.

Hamm estaba contento de que todo hubiese terminado para haber podido estar allí a la hora de la cita. Habían establecido un record al descubrir y detener en tan pocas horas al asesino de Stevenson, Brown y Sims.

Cuando concluyó el «Estremécete», volvía a tener sed...

La chica no le preguntaba por la máquina fotográfica...

F I N

**DISTRIBUIDORES DE EDITORIAL ROLLA
PARA HISPANOAMERICA**

COLOMBIA

Eusebio Valdés
Distribuidora Selecciones
Carrera 10/18.59

BOGOTÁ

Nacional Ltda.
Carrera 46/38.30

BARRANQUILLA

Carlos Climent
Instituto del Libro
Calle 14/3.33

CALÍ

COSTA RICA

C. Valerín Sáenz & Co.
Apartado 1924

SAN JOSÉ

CUBA

Lumen
Consulado, 67

LA HABANA

ECUADOR

Muñoz Hnos., S. A.
B/ 9 de Octubre, 732/34

GUAYAQUIL

GUATEMALA

Julio Balcárcel
12 Calle, 5-67

GUATEMALA

HONDURAS

Librería «La Idea»
Apartado 227

TEGUCIGALPA

MEXICO

Eisa Mexicana, S. A.
Justo Sierra, 52
México. D. F.

ARGENTINA

Eisa Argentina, S. A.
Araoz, 587

BUENOS AIRES

F. R. 1-528-3

NICARAGUA

Ramiro Ramire
Avd. Bolívar Sur.
Managua

PANAMA

José Menéndez
Internacional de Publica-
ciones
Plaza Arango, 8
Apartado 2052
PANAMA

PARAGUAY

Librería «Continental»
Palma, 218
ASUNCIÓN

Carlos Henning
Librería «Universal»
Palma, 206
ASUNCIÓN

PERU

José Muñoz
Distribuidora «Incas»
Miguel Baquero, 177
LIMA

PUERTO RICO

Matías Photo Shop
200, Fortaleza Street
SAN JUAN

**REPUBLICA
DOMINICANA**

Escoffet Hnos.
Arzobispo Nouel, 86
CIUDAD TRUJILLO

VENEZUELA

Distribuidora Continen-
tal, S. A.
Farrington & la Cruz, 178
CARACAS



PATRULLA DE COMBATE

✦ **Héroes humanos**
que luchan por un
ideal exponiendo su
vida y vertiendo su
sangre.

Muy pronto
EDITORIAL ROLLAN presentará
esta maravillosa colección.

EDITORIAL ROLLAN

PRECIO DE ESTE VOLUMEN

Seis pesetas

EDICOLOR, S. A. — Madrid-1961